







P. GRACIANO MARTÍNEZ

AGUSTINO

CONFERENCIAS FEMINISTAS

PRONUNCIADAS EN LA UNIVERSIDAD
Y EN EL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL
DE BARCELONA

LA CULTURA DE LA MUJER EN EL HOGAR

SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA

LA ESCULTORA DE ALMAS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

LIBRERÍA CATÓLICA DE HIJOS DE GREGORIO DEL AMO

Calle de la Paz, 6.—MADRID

P. GRACIANO MARTÍNEZ

AGUSTINO

CONFERENCIAS FEMINISTAS

PRONUNCIADAS EN LA UNIVERSIDAD
Y EN EL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL
DE BARCELONA

LA CULTURA DE LA MUJER EN EL HOGAR
SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA
— LA ESCULTORA DE ALMAS —

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 3.

1923

P. GRACIANO MARTINEZ

AGUSTINO

CONFERENCIAS FEMINISTAS

PRONUNCIADAS EN LA UNIVERSIDAD
Y EN EL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL
DE BARCELONA

LA CULTURA DE LA MUJER EN EL HOGAR
SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA
— LA ESCULTORA DE ALMAS —

CON LAS ESCULTORAS VANDERBILT



MADRID

IMPRESA DEL ASILO DE HERMANOS DEL S. C. DE JESUS

Calle de Juan Bravo, 31.

1923

LA CULTURA DE LA MUJER EN EL HOGAR

Pidiendo al cielo su rocío de luz.—Lo que podría y debía ser «Lucha contra la Mortalidad infantil».—Redentora labor de «Mujer y Madre».—Un aplauso por vía de paréntesis a los doctores Puig, Mirabell y Buxó Izaguirre.—Lo que se hace por los niños pobres en los Estados Unidos y en Inglaterra.—En pro de los padres de numerosos hijos.—La mejor de las contribuciones.—El pestífero malthusianismo.—Venalidad punibilísima de la ciencia médica.—El día del recién nacido.—Los mejores adornos de la mujer.—En pleno tema.—La ignorancia femenina.—Bella protesta de Santa Teresa de Jesús.—El saber y la alegría del vivir.—Rutina milenaria.—No se puede inculpar a la Iglesia.—Un hecho de Bossuet, un gesto de Inocencio XI y un rasgo de San Agustín.—Lo defectuoso de la educación femenina.—Lo que les sucede a las muñecas.—Dos tipos de sabidillas: la esposa del Crysalo, de Molière y la señora del alcalde de Torreinar, de Concha Espina.—Radicalismos feministas y antifeministas.—Una sentencia del Sabio.—Papel familiar y social de la mujer culta y buena.—Los hombres de hoy y los maridos griegos de la antigüedad.—Frase atinadísima de Monseñor Dupanloup.—La verdadera reina del hogar.—Entre ciertas jóvenes recién casadas.—Los maridos de las mujeres instruidas.—La cultura femenina en las moradas humildes.—La necesidad de cultura en las madres.—La madre ignara ante el hijo impío.—Bellísima labor de la madre docta.—Cultura, cultura y cultura.—Robos santísimos...

SEÑORAS Y SEÑORES:

De nuevo me ha cabido el alto honor de ser llamado a esta espléndida Ciudad Condal por vuestra beneficentísima «Lucha contra la Mortalidad infantil», con objeto de haceros oír mi modesta palabra, y de nuevo he de comenzar, como el año pasado, mejor que saludándoos, bendiciéndoos efusivamente y pidiendo al cielo que llueva sobre vuestra simpática institución el rocío de Dios, que es

rocío de luz, según la bella frase de Isaías: *ros lucis, ros tuus*, rocío de luz, tu rocío. ¡Ah, que vuestra hermosa entidad está llamada a reportar incalculables bienes a nuestra querida patria española el día en que, divulgándose por las demás hispanas regiones los beneficios que está ya reportando en la catalana, cunda y se propague por todas ellas arrebatándole a la muerte millares y millares de preciosas vidas! Vuestra «Lucha contra la mortalidad infantil», implantada en las cuarenta y nueve provincias hispanas, traería aparejada la consiguiente multiplicación de benéficos establecimientos, como los «Consultorios médicos gratuitos», las «Cunas de Jesús», las «Salas-cunas», las «Gotas de Leche», los «Parques infantiles»..., y la mortandad de nuestros niños disminuiría en un crecido tanto por ciento que sería una bendición de Dios.

No se sabe, sino imperfectísimamente, la cifra de los infantitos que se mueren en los cuarenta y seis mil pueblos que tiene nuestra patria. Si nuestros diez mil juzgados municipales supiesen hacer una estadística que se aproximase a la realidad, la resultante cifra sería espantosamente aterradora. Algo va decreciendo, se nos asegura (1). En las últimas estadísticas se registra una reducción mortuoria, en nuestros niños, de un veinticinco por ciento, desde unos cuatro lustros acá. Pero ello, aunque sea muy consolador, no nos debe henchir de ufanía, porque estamos aún lejísimos de conseguir los halagüeños resultados que se consiguen en otras naciones de Europa y de América, donde la proporción mortuoria infantil ha descendido mucho más rápidamente que entre nosotros, merced a instituciones similares a la vuestra, fomentadas y aun mimadas por los respectivos gobiernos, que están de todo en todo convencidos de que la principal riqueza

(1) Véase el notabilísimo folleto de Eduardo Navarro Salvador: *La mortalidad infantil y la Demografía general en España*.

de los Estados es la numerosa población sana y robusta, y de que la población con nada se aumenta y robustece mejor que con labor redentora como la de vuestra «Lucha contra la Mortalidad infantil».

Porque vuestra redentora labor no se reduce a amparar a los infantes pobres, obsequiándolos cada mes con unos cuantos centenares de litros de leche «maternizada», y con unos cuantos centenares de frascos de hígado de bacalao, y con tantas canastillas cuantas sean menester para cubrirles y abrigarles los infantiles corpezuelos, todo lo cual pone a loabilísima altura la esplendidez de la mujer catalana, siempre pronta a los llamamientos de la humanidad y del amor, sino que además publicáis vuestra revista, dedicada afanosamente a hacer adquirir a las madres, no ya sólo la necesaria puericultura para criar a sus hijos rollizos y fuertes, sino también hasta los convenientísimos conocimientos médicos para precaver y aun para tratar ciertas enfermedades que son el verdadero azote de los niños, como la escarlatina, la difteria, la meningitis, el sarampión...

Y aquí séame lícito, por vía de paréntesis, enviar mi más caluroso aplauso a los insignes doctores de vuestra institución, señores Puig, Mirabell y Buxó Izaguirre que no se contentan con ser el alma de vuestros consultorios, donde tanto bien se hace a madres y a niños, ni con prodigar sus visitas gratuitas a la maternidad y a la infancia dolientes, y llenan, además, vuestra revista de utilísima cultura médica, enderezada toda a instruir a las madres en la ciencia necesaria para criar sanos a sus hijos. ¡Sigán adelante en su abnegadísima obra, que Dios se la pagará muy munificamente! «¡Oh, oh que es muy buen pagador y paga muy sin tasa!», como exclama Santa Teresa (1).

(1) *Camino de Perfección*, c. 27.

Y no sólo hacéis labor santa de cultura femenina, sino que también emprendéis campañas de reivindicaciones morales y sociales que han de producir frutos benditísimos y redentores. Vuestro gallardo lidiar porque todas las madres sean nodrizas de sus hijos, seguramente será bendecido por los invisibles ángeles que rodean todas las cunas. Porque es un hecho palpitante que, en los establecimientos benéficos, la mortandad de niños crece de manera alarmadora, prueba palmaria de que al niño no se le puede separar de su madre sin exponerle muy mucho a perder la vida; que el niño no se nutre sólo de leche materna, más también de materno cariño y aun de materno calor y olor...

Lo cual ha hecho que en los Estados Unidos ya se hayan votado en las Cortes las llamadas pensiones para las madres indigentes. Antes, en esos países, a la madre infeliz que no podía sostener a sus infantitos, se la despojaba de ellos, llevándoselos a un asilo del Estado. Un buen hijo, cuyo nombre siento no recordar, que visitaba ese linaje de asilos y que una vez y otra se había conmovido ante aquellos pequeñuelos sin madre, que se enmustiaban y languidecían, como ratizas yerbezuelas sin agua y sin sol, luchó y reluchó porque se le diese a la madre menesterosa lo que con sus hijos hubiese de gastar el benéfico instituto, y lo consiguió, al fin, y hoy ya no se le roban a la menesterosa madre los pedazos de sus entrañas, sino que se la ayuda a criarlos y a sostenerlos. La humanitaria legislación se trasnplantó en seguida a Inglaterra. ¿Por qué no se había de trasnplantar asimismo a España?

Pero ¡España ponerse hombro a hombro, en esos humanitarios derroches, con Inglaterra y los Estados Unidos! Gracias que se realice lo que ya vuestra revista ha pedido urgentemente, porque urgentemente lo está exigiendo, y a gritos, por decirlo así, la imperiosa necesidad, esto es, que nuestra legislación imponga a los dueños de fábricas

donde trabaje crecido número de obreras, que establezcan, en sitios apropósito, y cercanos a los talleres de trabajo, salones-cunas, adonde la obrera-madre pueda ir, de cuando en cuando, a ver al vastaguito de su amor, a darle de mamar y hacerle una maternal caricia. Y los patronos cristianos no debían aguardar a que esas salas-cunas fuesen impuestas por la ley, como muy cálidamente se lo habéis hecho saber a los fabricantes de Barcelona.

¿Y cómo no aplaudir vuestra nobilísima campaña en pro de los padres de numerosos hijos, aspirando a que el Estado los exima de contribuciones y gabelas, lo cual tendería a restaurar el hermoso concepto cristiano de que los hijos son la corona de los padres? Hoy es axioma incontrovertible que la copiosa población fuerte y robliza es la mejor riqueza de la patria: no se puede excogitar mejor contribución que la de rendirle numerosos hijos, sanos y robustos. Y a los padres de familia que pagan pingüemente esa contribución óptima ¿por qué no se los había de eximir de todo linaje de pecuniarios impuestos? Han menester el dinero de esos impuestos pecuniarios para atender mejor a la crianza y educación de su abundosa prole.

El triunfo de esta campaña reportaría, por añadidura, a la patria y a la religión un bien inmenso. Harto lo sabéis, porque es realidad lamentabilísima que se está palpando; el pestífero malthusianismo, en su sentido infame de horror a la paternidad —yo no hallo calificativo suficientemente estigmatizador para esa cobardía antipatriótica e inmoralísima—, está adquiriendo en nuestra patria —al fin moda que nos viene de allende— proporciones fatales de desgracia nacional inmensa. No nos dejemos ofuscar por el aumento de población en ciertas capitales: no hay que atribuirlo al aumento de natalidad, sino a la emigración campesina, que va dejando desiertos muchos pueblos y aldeas. En la mayor parte de nuestras ciudades y de nuestros grandes núcleos fabriles la natalidad desciende de manera

abatidora, en tanto que el crecimiento de los abortos es abrumador; y cuenta que sólo me refiero al registrado en las estadísticas, pues el no registrado espeluzna, porque acaso sea mayor aún. ¡Oh, el egoísmo misérrimo del hombre, la ignorancia estulta de la mujer, el magno descenso, en moralidad y religión, de uno y de otra, y la venalidad punibilísima de la ciencia médica incrédula, que no se sonroja de ser cómplice en el cegar las fuentes de la vida! ¡Ay, si no se ataja pronto y radicalmente la invasión del mal! Y es indudable que a su atajamiento contribuiría mucho el Estado eximiendo de impuestos y gabelas a los padres de familia que tuviesen numerosos hijos, aunque es claro que el atajamiento no ha de ser eficaz mientras no se vuelva a robustecer en el alma de la nación el redentor espíritu de la Cruz. Contra semejante desbordamiento de inmoralidad puede ser fuerte contradique el patriotismo, pero el fortísimo dique ha de serlo siempre la religión.

Son varias y muy bellas las campañas emprendidas por vuestra revista *Mujer y Madre*, y no es ésta propicia coyuntura para numerarlas todas, pero no dejaré de mentar una más aún, y de las más simpáticas: la de alcanzar de nuestro Gobierno que en los Jurados que hayan de decidir sobre causas criminales de atropellos a los niños, substracción y corrupción de menores..., formen parte siempre algunas señoras. Esta campaña dignísima debe obtener cuanto antes el apetecido triunfo, y nuestra Ley del Jurado debe reformarse, en ese sentido, inmediatamente.

También mentaré vuestra felicísima creación de «El día del recién nacido», en que la caridad abre su bolsa a los postuladores niños barceloneses que se acercan con mucha gracia a poner su lacito a las transeuntes y a recibir la limosna consiguiente en obsequio de los infantes pobres. No suprimáis nunca ese simpático día, que cada año os habrá de sonreír con más pingües limosnas para bien de la infancia malhadada. Y no os arredren los contrastes, ya vistos,

de que, en tanto que algunos obreros honrados ponen, risueños, una moneda de plata en las huchas de los postulantes, la pongan de cobre ciertos caballeros olímpicos y ciertas damas orondas, y esto cuando no pasan de largo ceñudamente... ¡Paupérrimos avaros, que más bien que poseedores del dinero, son por el dinero poseídos! Meditaran un poco aquellas palabras de Santiago el Menor, que habrán de tener estrictísimo cumplimiento ultratumba: «porque se hará juicio sin misericordia a quien no hubiere usado de misericordia»...

No concluiré esta especie de exordio circunstancial sin felicitaros muy cordialmente por haber elegido, como Patrona de vuestra «Lucha contra la Mortalidad infantil», a la Santísima Virgen María en el misterio de su Purificación y Presentación de su divino Hijo en el templo, habiendo acordado festejarla, como tal Patrona, el día de la Candelaria. ¡Oh, que esta hermosa poética fiesta encierra un simbolismo sugestionador para mover a todas las madres a ofrecer sus pequeñuelos a Dios, presentándoselos en el templo!

Y andado ya el camino que la gratitud y la cortesía imponen, entraré de lleno en el tema de mi conferencia: la cultura de la mujer en el hogar.

Bien que, como de pasada, yo he hablado ya, más de una vez, sobre la necesidad de que la mujer se aficione a los libros y adquiera una cultura sólida que sería, después de la virtud, el mejor adorno con que podría engalanarse. Y como el asunto es debatidísimo y actualísimo, ya que incesantemente está inspirando e inquietando a oradores y publicistas, voy a estudiarlo hoy, no tan de pasada, procurando aportar a su esclarecimiento la humilde luz de mi crítica imparcial y serena.

Yo pienso que a la mujer no se la debe condenar, de ningún modo, a la ignorancia injusta en que, generalmente, ha vivido hasta ahora. ¿Por qué, para la mujer, ha de

estar cegada la fuente de los puros goces espirituales que trae consigo el saber, y contra lo cual ya Santa Teresa de Jesús se atrevió a protestar con estas palabras, abemoladas y humildes, cuanto significativas y elocuentes: «que tampoco nos hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor»? Y, aparte el derecho natural a esos purísimos disfrutes, ¿por qué la mujer no ha de encontrar en el estudio un remedio eficaz contra el tedioso aburrimiento que ensombrece tantas vidas femeninas, enpujándolas a menudo a explayarse en aventuras escabrosas? Es forzoso reconocer que la ignorancia, sobre todo en ciertas esferas sociales, es un manantial de tedio como la estulticia, a la cual tanto se asemeja, y de la que ya Séneca dijo, que se aburre y se consume a sí propia: *omnis stultitia laborat fastidio sui* (1). ¡A cuántas mujeres pudiera el amor del saber alegrarles el vivir, haciendo que se bastasen a sí mismas en la soledad forzosa que les hayan impuesto las circunstancias! Aun cuando haya en ella su porción de inexactitud, nunca se debe echar en olvido esta sentencia de no recuerdo qué filósofo: la felicidad pertenece a aquéllos que se bastan a sí mismos.

La mujer tiene sus dotes intelectuales lo mismo que el hombre; y, de ordinario, alborean más tarde en el hombre que en la mujer. Lo bello, por ejemplo, lo siente la mujer mucho antes que el hombre, y lo siente siempre mejor por la mayor exquisitez de sentimientos, de donde proviene el imperio mágico de las mujeres en la escena, pues su más fina impresionabilidad les presta más fuerza sensibilizadora y emotiva a la voz, al gesto, a la mirada, haciendo que la fisonomía femenina sea como una página en blanco donde el corazón escribe todas sus emociones, aun las más calladas y más íntimas. Y no sólo las facultades estéticas apuntan antes en la mujer que en el hombre; todo el cere-

(1) Séneca, Ep. 9.

bro femenino, en general, alborece antes que el masculino. Cuando al niño aun no se le ha caído del todo la rudeza nativa, ya la niña sabe constituir un encanto de la sociedad. Y teniendo la mujer las mismas facultades intelectuales que el hombre, y alboreciendo éstas más temprano en ella que en él, ¿por qué no había de beneficiarlas y hacerles dar copiosos frutos de cultura? ¿Porque así lo impone una rutina milenaria, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos? No creo que las rutinas, por milenarias que sean, puedan alegar títulos racionales para semejante imposición.

Bien sé que hay quienes, fanáticos e indoctos a la vez, —van casi siempre desposados nesciencia y fanatismo— se obcecán en romper lanzas por la ignorancia femenina, diciendo que siempre la ha patronizado la Iglesia; pero nada más distante de la verdad. Si algún hombre de la Iglesia —jamás la Iglesia misma— pudiera citarse que haya abogado por la ignorancia de la mujer, antojándosele la incultura mejor salvaguardia de la honradez y de la virtud que la cultura, los ejemplos contrarios abundan a porrillo, y elocuentísimos y riosos. Todo un Bossuet no se desdendió de probar sus armas intelectuales contra aquellos dos insignes jefes de la escuela protestante, Claude y Jurieu, en la morada de la condesa de Roie, ante dos claras mujeres: la propia condesa y la señorita Duras, quienes actuaron como de juezas de campo en aquellas arduas luchas de que salió tan airosamente el Aguila de Meaux, a quien deleitaban muchísimo los manifiestos signos de total comprensión de la señorita Duras, que alguna vez hasta terció como moderadora de las sabias disputas. Cuando la ilustre filósofa Elena Cornaro asombró a los oyentes de la catedral de Padua, desarrollando sus tesis filosóficas y ganándose, por aclamación, la borla doctoral, el primero en enviarle su felicitación entusiasta —y en carta expresiva de su puño y letra— fué el Sumo Pontífice Ino-

cencio XI. Mi gran Padre San Agustín, ensalzando el saber de su madre Santa Mónica y cerciorándola de que su filosofía le agradaba muchísimo —*philosophia tua mihi plurimum placet*— llegó a decir, en elogio de su madre, que amaba más el saber que a su propio hijo. ¡Y él que sabía cuánto le amaba, bendecía aquella preferencia del materno amor! (1). Y la propia Iglesia se ha gloriado mil veces de haber tenido, desde su misma cuna, mujeres doctísimas que la esplendoraron con su saber y con su elocuencia, y a muchas de las cuales elevó, complacidísima, al culto de nuestros templos, como Santa Tecla y Santa Apolonia, Santa Melania y Santa Macrida, Santa Olimpia y Santa Marcela, Santa Paula y Santa Eustoquia...

No se puede, pues, inculpar a la Iglesia de la ignorancia y del rezagamiento en que, generalmente, ha vivido la mujer. La culpa está sólo en la susodicha rutina milenaria, y en lo muy defectuoso de la educación femenina. ¡Si aún lo estamos viendo y palpando hoy! Apenas las niñas llegan a ser capaces de asimilarse alguna idea, lo primero que les inculcan muchas madres, lo que más de continuo les predicán, es que el papel de la mujer está en agradar. Y enhorabuena que se les inculque a las niñas idea semejante, pero no como idea-misión, cual si fuera axiomático el juicio de Rousseau, de que la mujer no ha sido hecha más que «pour plaire à l'homme», para agradar al hombre; sino, a lo sumo, como condición adecuadísima para llevar a cabo su misión verdadera. De erigir el agrado en supremo ideal femenino, viene la coquetería insufrible de algunas niñas remilgadas que no piensan más que en sedas joyantes, en menjurges y en aderezos, sacrificándolo todo al exterior adorno personal. Así se podrá llegar a ser muñeca bonita, pero nada más que muñeca. Y lo que sucede es que la niña, muñequilmente edu-

(1) *De ordine* liber primus, 31 y 32.

cada, llega a mujer, a esposa, a madre, sin saber nada de tan transcendentales cosas; y, como las niñas, se cansan también de sus muñecas los hombres, y amanecen en el hogar los primeros disgustos y los primeros enojos, preludios segurísimos de escandalosas rupturas o de calladas tragedias...

A la niña hay que educarla para ser mujer, y, ya mujer, para ser esposa y para ser madre, cosa, cada día, más difícil, sin duda por el abandono, por el archiabandono en que nuestra sociedad va teniendo tan altas enseñanzas. No es que a la mujer se le haya de exigir que sea sabia, literata, filósofa, pero sí que sepa dirigir un hogar, ser la dulce compañera del hombre, y formar el corazón y la inteligencia de sus hijos, para todo lo cual se ha menester cultura, cultura y cultura. Y no se me objete que así tendríamos una generación de sabidillas o insoportables, como la del miserando Crysalo, en la chistosísima comedia de Molière *Les Femmes savantes*, que hicieran recordar a sus maridos, a cada instante, aquellos versos:

Pour peu que l'on s'oppose a ce que veut sa tête
on en a pour huit jours d'эфroyable tempête! (1),

o ridículas, como la señora del alcalde de Torremar, de Concha Espina, en *Agua de Nieve*, que hablaba mucho de historia y de literatura, y confundía a doña Juana la Loca con doña Beatriz Galindo. Ni uno ni otro clisé pueden aplicarse a la mujer sólidamente culta.

No vayáis a sospechar, por lo que os vengo diciendo, que intente traer a esta cuasi académica asamblea esos apasionamientos feministas y antifeministas que tanto acalo-

(1) Acto segundo, escena IX.

Por poco que uno se oponga a lo que se le pone en el moño,
ya hay tormenta espantosa para ocho días.

ran a ciertos inflamables espíritus, dividiéndolos en bandos sañudamente adversarios, que proclaman, *ex tripode*, los unos la superioridad intelectual de la mujer sobre el hombre, y los otros la superioridad intelectual del hombre sobre la mujer. Ya he refutado —y creo que hasta la saciedad—, en un libro que conocéis, esos radicalismos absurdos, forjadores de vacuos dogmas sobre una cuestión que, por muy maravilloso progreso científico que se alcance, habrá de permanecer eternamente irresoluble en las entrañas del misterio. El hecho indiscutible es que Dios derrama los dones intelectuales con pródiga abundancia sobre el hombre y sobre la mujer, y que uno y otra tienen la misma obligación de cultivarlos, procurando que den en oportuno tiempo los debidos frutos. Sí, la mujer está obligada a instruirse lo mismo que el hombre. Ha sonado ya la hora de concluir para siempre con rancios prejuicios sociales que imponen la ignorancia a la mujer, tratando de reducirla a la humosa academia de la cocina. En la mujer es más precioso ser buena que ser docta; pero ser al mismo tiempo docta y buena es mucho más precioso sin comparación. No hay por qué restringir, aplicándola sólo al hombre, la sentencia del Sabio: *vas pretiosum labia scientiae*, vaso precioso los labios de la sabiduría.

Para el papel social y religioso que la mujer está llamada a desempeñar en la moderna sociedad, no le basta ser buena: ha menester también ser instruída. Hoy —es ciego quien no lo vea— las ideas religiosas van eclipsándose en muchas almas. Las doctrinas de la Cruz van convirtiéndose en letra muerta para muchos hombres. La apostasía, primero como a somormujo, cautelosa e insensible, después a paladinas, absorbente y tiránica, cada día unce nuevos espíritus a su carroza triunfal. Si queremos salvar a la religión del diluvio de impiedad que la amenaza, urge recomendar, y con urgencias de apremio, la cultura a la mujer. El marido jamás resiste al influjo de la esposa culta y

buena. Y en la memoria de los hijos no se borran nunca los surcos abiertos por las enseñanzas de la madre. Aun por egoísmo debía la mujer adquirir maciza instrucción en punto a saberes religiosos, históricos, estéticos y literarios: la mujer fina y culta que sabe amenizar y embellecer la vida doméstica haciendo que todo en ella dé una impresión de cultura y de arte a su marido y a la buena gente amiga que frecuente su casa, consigue un prestantísimo triunfo familiar y social.

Hoy son legión innúmera los hombres que se asemejan a los maridos griegos de antiguos días. Estos maridos griegos vivían muy poco tiempo en casa, lo preciso nada más, las horas de comer y las horas de dormir, y éstas muy a medias. La vida del gineceo era para el hombre la más fastidiosa. Los bulliciosos divertidos pasatiempos los disfrutaba afuera, en sitios de placer, donde había mujeres cultas y graciosas; pues bien sabido es que la cultura y la gracia se reservaban, en Grecia, para las mujeres públicas. De aquí la célebre interrogación de Sócrates a uno de sus amigos: ¿hay alguien con quien hables menos que con tu mujer?

¿Por qué tantos maridos de hoy se asemejan a los maridos griegos de la antigüedad? Porque sus esposas no son cultas y no saben hablar de nada en las conversaciones con ellos, como no sea de perendengues y garambainas. Los maridos se aburren, bostezan. ¡Y es desgracia tan grande que, al oír hablar a sus esposas, bostecen los maridos! Lo dijo así Monseñor Dupanloup en *La Femme studieuse*: C'est un grand malheur quand le mari bâille en écoutant sa femme...

El marido sale de su morada a buscar explayamiento de los sentidos y de la inteligencia. ¿Tiene ese explayamiento en su hogar? Entonces se holgará dentro de sus ámbitos, estrechos o espaciosos, y jamás se le verá por cafés, ni por garitos, ni por tabernas. La limpieza, el arte, la bue-

na disposición del ajuar, rico o pobre, el dulce esparcimiento, la amena conversación, la amable alegría, todo eso le hace grata la estancia cabe su cara mitad. Y unas veces se habla y se discute instructiva y apaciblemente, y otras se lee y se estudia, y otras se trajina y se labora, y otras se canta y se recrea, y alguna se reciben agradables visitas, pues no faltan buenas amistades que tienen a mucha honra el ser admitidas, de cuando en cuando, a formar la tertulia de la casa... Todo eso es donde la mujer que tiene cultura y sabe ser hacendosa, aseada y artista.

Entre las jóvenes recién casadas de cierta posición casi se alardea de no hacer nada, ni pensar en nada, como no sea en fruslerías y en melosidades. No se contentan con obrar ellas así, e instigan a sus maridos a que las imiten, sin que, ni por semejas, se les ocurra meditar en las terribles palabras del Señor al siervo inútil del Evangelio. ¡Desventuradas esposas! No saben que siembran en el corazón con el cual les ha tocado tener para siempre unido el suyo la semilla de futuros rompimientos que habrán de acarrearles, en tiempo no lejano, amargos sin sabores y negras infelicitades. Porque pasarán las dulzuras de los primeros días; marchitáranse los juveniles encantos con que se ostenta ataviada siempre la primavera de la edad; desvaneceránse las ilusiones de color de rosa que se había forjado cada uno, y, en las largas horas de holganza a que se han acostumbrado, la hoguera del amor, que parecía infinito, se irá extinguiendo poco a poco, hasta que de sus cenizas surjan el tedio y la laxitud. Y tras el tedio y la laxitud —nadie lo ignora— vienen los desagradados mutuos, vienen las riñas, vienen las infidelidades, viene el convertirse en horroroso infierno lo que estaba llamado a ser dulce, inalterable paraíso.

Los desvelos constantes de la esposa desde que, junto al altar, entrega a su marido la llave de su corazón, deben tender a procurar que la dicha aletee siempre sobre ellos

como un ángel, formando con su aliento un ambiente de paz y armonía que los obligue a hacer que su existencia sea una bendición continua de sus amores. Y no es manera de granjearse esa bienandanza comenzar por abandonarse ella de lleno, y conseguir que su esposo se abandone lo mismo, a merced de una ociosidad estulta, de donde sólo pueden brotar gérmenes de vicio y disolución.

No obran así las mujeres instruídas. Saben que para mantener constantemente unidos los corazones es preciso unir también las inteligencias, y esfuérganse en establecer con sus esposos un manso rebalaje continuo de ideas y sentimientos. De esa suerte es para los espíritus como encantada mansión el hogar; el apego a los bullicios mundanos evapórase, como tenue bruma, entre los púdicos goces de la vida íntima; los maridos renuncian, muy de su grado, a esos espectáculos nocturnos con que la vida moderna los impele al pisoteamiento del deber, y el albor de la mañana, en vez de hallarlos desmayados, ojerosos, inquietos, zumbádoles aún en los oídos los báquicos ruidos de pasada orgía, los halla felices, serenos, vigorizados con el reposo de la noche, y llena el alma de nuevos bríos para el amor, para el estudio y para el trabajo. ¡La ventura que debe de respirarse en el hogar donde una mujer instruída consigue que su esposo se substraiga al torbellino del mundo y viva feliz con ella en unidad de espíritu y de corazón! ¡El gozo que anegará sus almas, en el trasiego mutuo de sentires y pensamientos, discurriendo sobre cualquiera de los graves asuntos que tanto inquietan a la religión y a la sociedad! ¡La dulzura que impregnará aquel ambiente, testigo de la dicha de dos seres que, muy de mañana, comienzan a cumplir con Dios y consigo mismos, y a quienes sorprende la noche enajenados y satisfechos con los confortadores disfrutes del hogar, que son siempre indicio segurísimo de rectas intenciones y de sanísimas conciencias.

¿Que se trata de mujeres humildes, cuyos maridos se ven forzados a pasar el día en un taller o en una fábrica? La cultura femenina viene aun más de molde, si cabe, porque la esposa del obrero no sólo ha de ser muy economizadora, sabiendo estirar a cinco o seis reales cada peseta y no gastando nunca más de lo que permite el humilde salario del esposo, sino que ha de saber ingeniarse de tal guisa que él le entregue íntegro el salario, bien que ella jamás le regatee para sus gastillos una minúscula cantidad. Y el marido no se rebela contra la táctica de su esposa, pues ve que emplea bien la paga de sus sudores, aspirando no ya a nivelar el exiguo presupuesto de gastos y de ingresos, sino a que haya siempre su tantico de superávit, sin que falten, por eso, la comida bien sazónada, aunque sencilla; la limpieza nítida del hogar, y aun ciertos lujos módicos que tienen siempre por mira el complacerle a él, rodeándole la vida de la posible holgura, dentro de la pobreza, para que no ande envidioso de ajenos júbilos, que es lo que lleva a los maridos obreros a las tabernas y aun a otros lugares peores.

En las moradas humildes son una verdadera providencia social esas mujeres instruidas que saben retener a los maridos lejos de todo centro de corrupción, brindándoles en casa cuanto bienestar pueden legítimamente apetecer, estimulando en ellos el sentido de la economía y moviéndolos a desvelarse porque a fin de mes sobren siempre algunas pesetas que su amante costilla vaya depositando en la Caja de Ahorros, hasta poder crear con ellas cualquier casera industria que les acarree alguna ganancia con que proveer mejor a la educación de los hijos y a hacerse más bella y esperanzada la vida. En hogares así, el vivir será siempre duro, porque el marido tendrá que arroyar mucho sudor por su frente, y la esposa tendrá que hacer verdaderos prodigios de ahorro y economía; pero en medio de esa dureza se gozará de delicioso encan-

to. ¡Qué plácidos disfrutes cuando, a la caída de la tarde, retorna él a casa y se halla con la ideal compañera que Dios hizo brotar como una flor en medio de su camino! ¡Qué dulces veladas, él contando lo fatigoso y rudo de su trabajo, sus luchas, sus contrariedades, ella confortándole el espíritu con su amor e instilándole en el entendimiento con sus amenas conversaciones alguna consoladora enseñanza, alguna fortalecedora doctrinal ¿Que fuera de aquel albergue ruge y se encrespa la cuestión social, azotada por vientos de revolución?

Allí no penetra ni una sola ráfaga que pueda deshacerles el nido de sus amores; y plácense, dichosos, de que no vaya a perturbarles su casto idilio, ni el eco siquiera de los tumultos con que en su derredor agítase la tormenta...

Y cuando los maridos —y esto ocurre asaz frecuentemente, por desgracia— dejándose embair por impías ideas, vaciadas en discursos de sonoridad fascinadora por los microscópicos Castelares de nuestros días, llegan a volver las espaldas a la religión, concibiendo dudas vehementes de todos sus dogmas y avergonzándose acaso de haberse postrado, de niños, con su madre, ante las gradas del altar, ¡qué bella labor la de las mujeres cultas esforzándose en disipar con sus estudios las espesas sombras que anublan la inteligencia de sus maridos, hasta conseguir que tornen de nuevo a los apriscos de la fe y adoren lo que ellas adoran y bendigan lo que ellas bendicen! Fueran sólo esposas buenas y su misión tendría que ceñirse a ruegos y súplicas que rechazarían los maridos, como rechazan los yunques el martillo golpeador. Podrían añadir, es verdad, la oración fervorosa y humilde que, al decir del Eclesiástico, penetra las nubes, y las lágrimas del alma que escalan el cielo. Pero ¡cuánto es más hermosa la misión de las mujeres instruidas que a todo esto pueden juntar un macizo saber que llene de claridades el entendimiento de sus esposos, ahuyentándoles toda duda, vivificán-

doles la fe, ya casi muerta en su corazón, y protegiéndoles sus retoñantes virtudes con algo así como una albitana espiritual de alentadores estímulos! Sólo ellas pueden ser comparadas al faro de luz bendita que, filtrando sus rayos fúlgidos al través de la densa cerrazón, lleva a la desorientada nave, ya en derechura hacia el abismo, la salvadora noticia de que la playa está a su popa. Y luego, ¡qué consuelo más profundo, más divino, si se permite la hipérbole, el que, efundiéndose como el hálito de una flor paradisiaca, embalsamará el espíritu de esas salvadoras mujeres! ¡Haber librado de rodar por los derrumbaderos de la perdición al ser que aman más que al suyo propio, más que su felicidad, más que su vida! ¡Haber asegurado la salvación del hombre con quien, desposadas en la tierra, habrán de continuar desposadas en el cielo, sumergiéndose juntos en abrazo purísimo en el océano de beatíficos amores que nunca se acaban!

Llega el instante de haceros cuatro reflexiones, respecto de la necesidad de cultura en la madre cristiana, y os confieso sinceramente que voy a hablar con verdadero temor, no obstante que he de procurar que todas mis frases arranquen directamente del corazón de un hijo en cuyas fibras latirá eterna la santa memoria de su madre. San Francisco de Sales se resistió un día a explicar su lección de catequesis a las señoras porque vió que entre ellas estaba su madre y sentíase embargado en explicar la doctrina cristiana a quien tan acabadamente se la había explicado a él. Y algo parecido me sucede a mí, siempre que tengo que dirigirme a las madres: me imagino que, bajada momentáneamente de la gloria, está entre ellas la mía y me escucha. ¡Ha confiado el cielo a las madres tan elevada misión! Sólo a ellas las ha juzgado dignas de recibirnos a nuestra entrada en el mundo, porque sólo sus manos cariñosas saben desplegar la delicadeza y la blandura que requieren nuestra miseria y nuestra nada. Sólo a ellas les

ha encomendado Dios aquella agricultura suya —*agricultura Dei*— de que habla San Pablo, y que consiste en criar hijos para la familia, hombres para la sociedad, santos para el cielo.

De ahí que les haya dado por corazón un piélago de inefable ternura que, aun al más leve soplo del sentimiento, las fuerza a inundar de amor a los seres brotados de sus entrañas y estamparles en la frente el sello maternal de sus ósculos purísimos, sello que para los buenos hijos nunca se borra, y que, mejor que los escudos y blasones de las casas solariegas, demuestra el abolengo de clara estirpe y de genuina aristocracia.

Pero estas cualidades de ternura y de amor son comunes a todas las madres, hayan o no hayan beneficiado los intelectuales tesoros con que el Señor las hubiere enriquecido. Ninguna, so pena de contarse entre las madres mundanas, de cuya triste desnaturalización no hay para qué hablar ahora, deja abandonados en los umbrales del vivir a los vástagos de su amor, cuando más cuidados y esmeros necesitan. Ninguna deja de amamantarlos, a la vez que con la de sus pechos, con esa otra purísima leche espiritual que fluye, a raudales, de las doctrinas de Jesús, y que, como aquélla la vida del cuerpo, mantiene ésta la vida del espíritu, la vida del alma. Ninguna deja de arrullarlos en la cuna con esas canciones, llenas de sentimiento, transmitidas de madres a hijas, y cuya melodía, saturada de religión y de hogar, hace descender del cielo a los ángeles, que, como golondrinas de luz, revolotean sin descanso en el misterioso azul de los sueños de los niños. Ninguna deja de guiarles los primeros pasos de su niñez por sendas de honda piedad y fina educación, que, de ser andadas también en los años mozos, los llevarían hasta la cumbre de la más pura e hidalga ciudadanía. Ninguna deja de excitarles la mente con gloriosas historias, extraídas de los Libros Santos, y que, enlazadas en la memoria del hombre a las

primeras plegarias, aprendidas de viva voz de los labios maternos, forman como el depósito de la fe de los áureos días infantiles: santo depósito que suele conservarse casi intacto en medio de las batallas de la vida y que, aun en las almas que han vivido más apartadas de Dios, cuando se hallan próximas a abandonar su frágil envoltura sobre la tierra, desparrama fulgores de redención, y aun lleva a los cárdenos labios de los moribundos el santo crucifijo que les recoge el último aliento, exhalado entre hondas sacudidas de compunción y consoladoras vislumbres de esperanza.

—¿En qué se diferencian, entonces, las madres instruidas de las que han dejado consumirse perezosamente en un rincón del cerebro sus luces intelectuales? Dejad que los hijos respectivos lleguen a esa edad de las pasiones, en que, mirándola al través del prisma enloquecedor de los placeres, se les ofrece la existencia como rebotante cáliz de ambrosía que a toda costa se debe apurar. Lecturas en que plumas, mojadas en veneno, han sembrado a granel corruptoras semillas, disimuladas entre relampagueos de retórica y esplendideces de estilo, les han pervertido la voluntad y descaminado la inteligencia. Malas compañías, que infortunadamente por doquier pululan y de las cuales se sirve Satán para dar el decisivo empujón a las almas que ansía perder, han conseguido hacerles desoír la voz del remordimiento que, en horas de soledad, les daba gritos en la conciencia. La sierpe de la duda que, en los tristes días que alcanzamos, tantos estragos causa en las almas, ha comenzado a enroscárseles al cerebro, matando con su aliento letífero las resplandecencias de la fe que en él sonreían, y erradicando, en ciernes, las virtudes que, como brotes henchidos de plétora, principiaban a germinar. Ya se avergüenzan de oír misa y de hinojarse un instante en oración ante el tabernáculo. Ya blasonan de incredulidad y piensan y dicen que la religión se ha in-

ventado únicamente para dar pábulo a las almas débiles —las mujeres y los niños—, no para los espíritus viriles, que sólo pueden alimentarse con la médula de león de la filosofía y de la ciencia...

Ahora bien, ¿queréis saber lo que va de madre a madre, cuando los hijos llegan a tales extravíos de impiedad y de irreligión? La una tiene que dejarse sucumbir con sus sufrimientos y sus lloros, porque todas sus predicaciones, faltas de preparación y de estudio, no producen más fruto que el del sermón en el desierto, y porque sus lágrimas, bien que lleguen hasta tocar el corazón del hijo —llegan siempre a muy hondo las lágrimas de una madre—, pero pasan por cima, sin dejar huella, semejantes a las olas que resbalan sin dejar surco sobre las piedras de la playa.

No así la otra, que, blandiendo como acero toledano la predicación de los discursos sentidos y los razonamientos vigorosos, deshace y tritura todas las réplicas del hijo, persiguiéndole hasta las últimas trincheras del error, reconquistándole por fin y devolviéndole a su campo. En vano el hijo querrá envolverla con los borrosos conocimientos, cogidos, a escape de áncora, digámoslo así, en las columnas de algún periódico subversivo, en lecturas de novelas insanas, en audiciones de ateneo racionalista. Fuera una madre ignara, inculta, y se quedaría boquiabierta y estupefacta ante los vuelos intelectuales de su hijo. ¡Oh, cuántos maternos estupores estériles, como el de la gallina a la cual se la hecho enclocar huevos de pato, y que, de buenas a primeras, ve a sus hijuelos meterse, parpando, bulliciosos, río adentro, mientras ella se angustia, cacareando, absorta, en la orilla! No así, repito, la madre docta: ella escuchará a su hijo paciente y risueña, como general a quien, la víspera del combate, sonríe ya el triunfo. Y después que el hijo haya concluído de armar su andamiaje de objeciones, refutadas a colmo en cualquier rudimentaria obra de apología, ella lo hará venir

abajo como cosa incimentada que se apoya en el aire: en el aire de cuatro cabezas enorgullecidas y divorciadas de su Hacedor, que se dan a hereticar, seducidas por el incienso de admiradores viles, y que pretenden vender por indestructibles realidades lo que no pasa de puro sectarismo o de vano alucinamiento.

Ella le hará ver que, de entre los ríos de sangre de nuestros mártires, surgió, victoriosa, la Cruz, extendiendo sus brazos redentores sobre la tierra; que de las páginas del Evangelio irradiaron las claridades infinitas que disiparon las tinieblas del paganismo y civilizaron al mundo; que los genios que más alto brillan en el cenit del pensamiento, bebieron sus inspiraciones sublimes en nuestras doctrinas sacrosantas; que en cada ramo del humano saber cuenta la Iglesia con aguerridos ejércitos de inteligencias esplendentes; que la sangre redentora del Calvario es la savia de que vive y florece el árbol de la libertad, dando frutos de progreso por todos los países civilizados. Y, dejando la historia general del mundo, y cifñéndose a la de nuestra querida España, le demostrará que no tuvimos en lo pasado, ni tenemos en lo presente, gloria ninguna, sólida y maciza, que no tenga su génesis en la religión y no esté totalmente bañada en los esplendores de la Cruz; que, en nombre de Dios y de España, partían nuestros briosos caudillos a los combates, y en nombre de España y de Dios conquistaban siempre el laurel de la victoria; que los grandes poetas y prosistas del siglo de oro que tanta maravilla causaron y causan en el mundo de las letras, todos eran católicos sinceros, convencidos, prácticos, como los magnos reyes fundadores y mantenedores de nuestra vigorosa nacionalidad; que por eso sentaron entre nosotros sus reales la gloria y la grandeza; y que, si hoy, una y otra nos han vuelto las espaldas, es porque antes se las volvimos nosotros a Dios, rompiendo el muro de acero de nuestra unidad religiosa y dando entrada en

nuestro seno al liberalismo, que ha desmembrado ignominiosamente nuestro mapa, haciendo baratillo del inmenso patrimonio de nuestros mayores, desconceptuando ante el mundo nuestra valentía y nuestra sangre, y haciéndonos vivir, como nación, la vida de precario que vivimos, a deseo de pueblos hostiles que ayer se humillaban ante nosotros y que hoy nos miran con avidez de leopardos hambrientos, prontos a arrojarse sobre la presa...

Y el hijo que es joven, y, como joven, tiene abierta la fantasía a todo lo que destella relámpagos de gloria, rinde las quebradizas armas que había puesto en sus manos la impiedad ante las plantas de su madre, derrotado por la firmeza de su saber y por el sugestivo calor de su palabra, y el corazón juvenil, momentáneamente cerrado a la verdad, tórnase a rendirle fervoroso culto, y da de mano para siempre a la sofistería contemporánea, que, con credos de relumbrón que dejan frío, como un hielo, el espíritu, intenta substituir las sacrosantas doctrinas de Jesús: ¡el Credo que, sonriendo al humano linaje desde las cimas del Gólgota, irradió eternas auroras de redención por toda la redondez de la tierra!...

¡Ah, señoras que tenéis la benevolencia de oirme, no echéis en olvido las graves consideraciones que me acaba de sugerir tan palpitante asunto! Yo creo a pie juntillas que la instrucción de la mujer va a ser cuestión de vida o muerte para la futura sociedad. La influencia moral del sacerdocio, en otro tiempo tan fecunda y bienhechora, hoy, por malaventura, va parándose casi inútil, no porque escaseen los sacerdotes ilustrados y heroicos que sepan guardar la ciencia del Señor y estén dispuestos a inmolar su vida en defensa de los dogmas, sino porque el mundo masculino cada día va alejándose más y más de la Iglesia; porque cada día van quedándose más desiertos de hombres los santuarios. En cambio vuestro influjo moralizador, que ha sido siempre muy grande, va cada día ga-

nando más terreno. Diríase que el sacerdocio cambiaba de forma y pasaba del templo al hogar, y del ministro del Altísimo al corazón de la mujer. Y lo que hace falta es que este sacerdocio nuevo sea también ilustrado y heroico para que sepa fijar a la sociedad direcciones salvadoras que la conduzcan por caminos de progreso, de mucho progreso, pero bañados siempre en la clarifica lumbre de los destellos de la Cruz. Y para esto no bastan los tesoros inmensos de bondad y abnegación, insitos en vuestra alma: se necesita además cultura, cultura y cultura.

No escatiméis esfuerzo ninguno por aficionar a vuestras hijas a saberes y letras. Procurad que, en religión, en moral, en historia, en higiene, en medicina, en literatura, adquieran conocimientos positivos que las capaciten para desempeñar airoosamente el moderno papel social de la esposa y de la madre. Como en los más frondosos parques y en las más bellas plazas es donde suelen surgir los monumentos a las grandes glorias, que vuestras hijas lleven siempre levantado un monumento a la virtud desposada con las letras, en lo más hermoso de su ser, en las fibras de su corazón. Decidles que, si en las religiones antiguas el fuego sagrado era siempre conservado por las mujeres, por las mujeres ha de ser conservado el catolicismo en las modernas sociedades. Y, para eso, que se persuadan de que se necesita estudiar, de que se necesita saber. No es que la reina del hogar se haya de desvivir por lucimientos intelectuales: la reina del hogar ha de saber mucho, pero enderezándolo todo al más brillante desempeño del papel honrosísimo que Dios le ha asignado en el drama de la vida humana. Y para ese brillante desempeño se requiere mucha cultura, y cultura que rezume mucho espíritu cristiano.

Y no se diga que falta tiempo para adquirir esa cultura. En general lo hay de sobra. ¡Róbese ese tiempo — y será un santísimo robo — a las prolongadas faenas de tocador en

que muchas jovencitas se eternizan, pintarrajeándose mejillas y labios con lucentores y brasiles última moda, rizándose bucles y aladares y probándose los de mil modos para ver cómo agracian y alindan más el palmito, puliéndose y roseándose las uñas, tifiéndose de azul las venas y hasta ensayando sonrisas y cernidillos y contoneos... Y no digamos nada de las horas y más horas que se llevan perifollos y trapos, brinchiños y gaiterías. ¿Verdad que por ahí se podría ganar un tiempo precioso para dedicarlo a embellecer y adornar, con valiosísima cultura, el espíritu, el alma?

¡Róbese ese tiempo —y será un robo santísimo— a la lectura de novelas frívolas, cuando no voluptuosas y pestilentes, que tan sorbidos tienen los sesos a la mayor parte de nuestra femenina juventud! Si se quieren novelas, y novelas admirablemente realistas, léanse las estupendas vidas de los grandes sabios y de los grandes santos. He ahí héroes novelescos dignísimos de ser conocidos por la juventud. Dan asco sencillamente esas mozuelas de nuestra edad que hacen gala de conocer mejor a los mil fantásticos personajes de la novelería pornográfica y naturalista que a los indiscutibles héroes de la religión, de la sabiduría y de la patria. Aficionen las madres a sus hijas a leer las vidas de esos héroes indiscutibles en vez de leer las novelas de los escritoruelos de hoy, que no escriben más que para espolear las bajas pasiones, porque—lo confiesan ellos mismos— sólo escriben por dinero, y dinero sólo esas corruptoras novelas lo dan. ¿Verdad que, por ahí, se ganaría también una buena cantidad de tiempo?

Y yo aun buscaría otra buena cantidad de tiempo, haciendo que se restringiese —y nadie se me escandalice: sé muy bien lo que digo— el que se despilfarra, sobre todo entre mujeres piadosas, con rezos y más rezos de devocionarios modernos, de extranjera hechura, atiborrados de superlativos y de exclamaciones que pretenden ser místi-

cos arrebatos y no pasan de flojeces insulsas, que ni encienden ni iluminan, y que sólo sirven para engendrar y nutrir, en almas poco despiertas, un sentimentalismo religioso tan vago como inconsistente. En vez de esos devocionarios alienígenas de que se está haciendo infame mercantilismo, pongan las madres, en manos de sus hijas, ora clásicos libros de nuestra castiza mística incomparable, que es la que ha dado con las más andaderas y rápidas rutas para remontarse a Dios, ora obras apologéticas, llenas de doctrina, en cuyas páginas aparezcan sólida y claramente justificadas las verdades de nuestra fe, y del todo hechas polvo las objeciones contemporáneas que contra nuestra religión urden y traman los incrédulos y los impíos. ¿Verdad que, por aquí, se ganaría otra buena cantidad de tiempo?...

Sobre todo que no falte para estudiar a fondo las redentoras doctrinas de la Cruz y persuadirse de que no son algo estático, petrificado, inmóvil, sino algo perpetuamente bullidor y vivífico que se nos debe meter por las entrañas e informar todas nuestras ideas y todas nuestras acciones. Nuestras doctrinas redentoras deben ser como aguas vivíficas siempre en marcha, que vayan filtrando Evangelio por toda el alma de la sociedad y por toda el alma del individuo. Veinte centurias de cristianismo llevamos ya, y la esencia evangélica, netamente cristiana, apenas si ha penetrado más allá de nuestra epidermis corporal y espiritual, de donde la muchedumbre de reivindicaciones sociales que hay que imponer, y entre ellas las feministas, que es bochornoso no se hayan impuesto ya. Necesitamos una misteriosa agua fuerte que actúe reciamente sobre nuestro cuerpo y sobre nuestro espíritu; y esa misteriosa agua fuerte sólo puede manar del Evangelio.

¡A formar, pues, una nueva juventud femenina que, adornada de sólida cultura, rebosante de savia evangélica, sepa responder cumplidamente a las nuevas exigencias

altísimas, religiosas y patrióticas! Fué una mujer quien obligó a Pirro a levantar el sitio de Esparta, y ha de ser la mujer quien fuerce a la impiedad y a la anarquía a levantar el sitio que tienen puesto a nuestra patria y a nuestra religión.

Ante todo, la más occidental corteza que impone un castigo ejemplar y una severa reprobación de grado: el autor más legítimo es para el honorable Consejo de esta Universidad, un distinguido entre los demás universitarios españoles por los méritos de ciencias y de letras que han salido y siguen saliendo de su seno glorioso, don Fernando de la Cruz, presidente de una academia parariafa para que en el establecimiento de esta ciudad en honor de Santa Teresa de Jesús, se establezca para una institución que las universitarias la estudien y la honren, por unares de una carta real, universalmente, como un, cada el grande amor que tuvo siempre a las letras y a la educación. (1)

(1) El título completo que los autores de esta obra para dar a esta obra es: «Una lección sobre los estudios de la Universidad de Barcelona». Agradecemos a los señores que, como ella nos propusieron la idea, con sus escritos que nos

(1) «Historia profesional de el sacerdote de la Universidad de Barcelona».

(2) La marquesa de Castellón, que vivió en un momento de la historia; el Sr. Obispo de Barcelona, el capitán general Jaime de Marichal, el gobernador don Sr. Antonio de... etc.

(3) «Cartas de Perceval», p. 1.

(4) Véase, en V. Edición crítica del P. Simón de Cádiz y Torres.

SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA (1)

EXCMOS. SEÑORES (2):

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ante todo, la más elemental cortesía me impone un caluroso aplauso y una fervorosa acción de gracias. El caluroso aplauso es para el honorabilísimo Claustro de esta Universidad, tan descollante entre las demás universidades españolas por los eminentes varones de ciencias y letras que han salido y siguen saliendo de su seno glorioso. Bien merecido lo tiene por la generosa prestación de este suntuoso paraninfo para que en él se celebrase esta solemnidad en loor de Santa Teresa de Jesús, siquiera parezca naturalísimo que las universidades la enaltezcan y la honren, por tratarse de una santa cuasi universitaria, digámoslo así, dado el grande amor que tuvo siempre a las letras y a los letrados. ¡Oh, el himno entusiasta que les entona en mil pasajes de sus libros! «Son gran cosa letras para dar en todo luz» (3); «buen letrado nunca me engañó» (4)... Agradecidísima por temperamento, pues, como ella con gracia inimitable decía, «con una sardina que me

(1) Conferencia pronunciada en el paraninfo de la Universidad de Barcelona.

(2) La marquesa de Casteldosrius, que presidía en nombre de la Reina; el Sr. Obispo de Barcelona, el capitán general Primo de Rivera, el gobernador civil Sr. Ardanaz, etc., etc.

(3) *Camino de Perfección*, c. V.

(4) *Vida*, c. V. Edición crítica del P. Silverio de Santa Teresa.

den, me sobornarán» (1), no se cansaba nunca de ensalzar a los hombres de letras. Y cuenta que, a mi humilde entender, más aprendían los letrados de ella que ella de los letrados. ¿Qué extraño, pues, que las universidades la exalten y magnifiquen?

Y la fervorosa acción de gracias es para dos ínclitas damas, a quienes, por pura casualidad, debo el honor de estaros dirigiendo mi modesta palabra en este recinto: la señora de ese preclarísimo español, nuestra actual figura prócer, por excelencia, cuyo aristocrático título evoca tantas heroicas abnegaciones en pro de la patria y tantas pródigas esplendideces en pro de los humildes —y ya todos estáis bendiciendo en vuestro interior a la dignísima marquesa de Comillas— y otra aristócrata insigne a quien sus bondades y virtudes han elevado meritísimamente a presidenta de «Acción Católica de la mujer», de esta Ciudad Condal, y que ha sido, juntamente con el venerabilísimo prelado de la diócesis, alma propulsora de estas espléndidas fiestas teresianas: —y ya todos estáis bendiciendo en vuestro interior a la egregia marquesa de Villota.

Y califico de fervorosa mi acción de gracias, porque me huelgo muy mucho de cooperar con mi óbolo a la magnificencia del centenario tercero de la canonización de Santa Teresa. Sus hijos saben muy bien la porción de gloria que nos cabe a los de San Agustín, no ya sólo en la difusión del renombre de la Santa, sino hasta en la formación y modelamiento de la portentosa maravilla de su espíritu.

Sabidísimo es que su vocación monjil apuntó en un claustro agustiniano, en el convento de Agustinas de Nuestra Señora de Gracia, donde las hijasdalgo abulenses solían recibir esmerada educación. Fué allí donde el noble caballero católico Don Alonso de Cepeda puso a su hija, en cuanto observó que había languidecido en los cristianos

(1) Carta a la M. María de San José.

fervores de su infancia y se había dado a la lectura de libros andantescos. Y fué allí, al cobijo del claustro agustiniano, donde remaneció el fervor en ella, y donde, con el fervor, alboreó la gracia divina de su decidida vocación religiosa (1). Las hijas de San Agustín habían logrado enderezar sabiamente aquella alma bellísima, destruyéndole su amorcillo al «traer galas» y andarse «con mucho cuidado de manos y cabello y olores», vanidades que amenazaban hacer de ella una coqueta. Por los senderuelos de la frivolidad, de los que la apartaron aquellas buenas agustinas, obrando eficazmente en su espíritu y moviéndoselo a darse de lleno a Dios, ¿quién sabe hasta adónde se hubiese despeñado Teresa de Cepeda y Ahumada? Reina hubiera sido del mundo y de sus amadores, porque de reina eran sus talentos y sus encantos; pero a buen seguro que no hubiese sido el radioso serafín que a todos los españoles nos hechiza y altivece. Y no por otra cosa las recuerda la Santa, llena de gratitud, ponderando que estaba con ellas «muy más contenta» que en casa de su padre, y holgándose, no obstante lo «enemiguísima» que se sentía entonces de su monjío, «de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa y de gran honestidad y religión y recatamiento» (2).

¡Bendito claustro agustiniano donde la Santa cobró aquella su afición a mi gran Padre San Agustín (3) que la llevó a entroncarse tan próxima y visiblemente con su gigante espíritu y aun con su inmenso genio! Porque entre San Agustín y Santa Teresa hay analogías radiantes y vibradoras, no obstante ser él un retórico convertido, de mucha

(1) «A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja.» *Libro de la Vida*, cap. III. Edición crítica.

(2) *Ibidem*, c. II.

(3) Lo confiesa la propia Santa: «Yo soy muy aficionada a San Agustín porque el monasterio donde estuve, seglar, era de su Orden.» *Ibidem*, c. IX.

facundia y de mucha variedad de saberes, y ella una sencilla monja española y mujer femeninísima en todo el amplio sentido bueno del superlativo. ¡Cuántas semejanzas entre las *Confesiones* del Aguila de Hipona y la *Vida* de la alondra del Carmelo, escrita por ella misma! ¡Cómo en uno y otro libro rutila el amor de Dios, saltando en chispas prendedoras de cada pensamiento y de cada frase. Son dos monumentos autobiográficos en los cuales palpitan y arden, entre oraciones inflamadas de amor de Dios, dos de los seres humanos más grandes y hermosos que han desfilado por este mundo. ¡Qué pasmoso psicólogo él y que pasmosa psicóloga ella! ¡Cuán admirablemente aciertan a sorprender al espíritu hasta en sus más profundos y repuestos sentires! ¡Qué estupendamente hacen ambos la disección de su alma! La personalidad de cada uno resalta vivísima en aquellos estados psíquicos, reflejados por ambos con sinceridad maravillosa. Seguramente no ha habido escritor más personal que San Agustín, derramándose todo entero en aquellas sus *Confesiones*, siempre tan humano, y, a la vez, tan divino. Y seguramente no ha habido escritora más personal que Teresa de Jesús, soltando por su *Vida* todo el hontanar de sus sentires, y siempre tan divina, y, al mismo tiempo, tan humana. ¡Y qué decir el de Agustín, si acaso, sin quererlo él, un tanto retórico y quintesenciado, siempre hervoroso de humildad y de amor! ¡Y qué fabla la de Teresa, tan bullente de gracias y de encantos y siempre trasmanando amor y humildad!...

Y luego vienen las inmarcesibles flores de Fray Luis de León, arrojadas a puñados a los pies de la virgen abulense, cuando aún no se habían enjugado en los ojos de la madre Patria los sentidos lloros por la muerte de la inspirada Doctora mística. «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús, mientras estuvo en la tierra, mas agora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos

imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros», escribe el príncipe de la lírica española. Y luego se entusiasma elogiando en sus libros «la pureza y la facilidad del estilo»; «la gracia y buena compostura de las palabras»; la «elegancia desafeitada que deleita en extremo». Y llega a decir: «en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano» (1). ¿Se quiere más alto panegírico de la Santa? ¡Fray Luis de León sirviéndole de heraldo y pregón de gloria por el mundo de la fama y de las letras! ¡Qué altísimo honor lo mismo para la esclarecida Orden carmelita que para mi queridísima Orden agustiniana!

Y no quiero decir nada de la cálida tradición de teresianismo que ha habido siempre entre nosotros y que, en nuestros días, acaso se ha aquilatado y enardecido más y más, como lo demuestran dos hechos inomisibles que cantan gallardísimamente el amor de los claustros agustinianos a Teresa de Jesús: la soberbia catedral teresiana de Alba de Tormes, acometida con ímpetus de obispo-príncipe medioeval por el inolvidable P. Cámara, y aquella oda en que rompió un día el casticísimo numen del P. Conrado Muñíos, mi tan llorado maestro, que acertó entonces, como nunca, a beber en la fontana de Fray Luis de León, trazando aquella sabrosa poesía, lo más hermoso y galano que ha hecho la musa hispana en loor de la incomparable virgen del Carmelo.

Y hecho este sucinto apunte del teresianismo agustiniano, comenzaré a mostraros mi pálido esbozo de esta mujer,

(1) *A las Madres Priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid, el Maestro Fray Luis de León, salud en Jesucristo*, Tomo segundo de la edición crítica del P. Silverio, págs. 466 y 468.

tan encantadora para todo corazón que sienta y lata en español genuino; porque es fuerza la amemos arduosamente, y no ya sólo con amor espiritual, sino con el amor carnal de familia, con el amor santamente enorgullecido de la homogeneidad de la sangre. ¡Oh, poder llamar a Teresa de Jesús compatriota, flor perennemente fresca de nuestra estirpe, caricia eterna del cielo a nuestra patria, beso inacabable de Dios a nuestro espíritu! ¡Poder llamar hermana nuestra a aquella mujer, émula de los espíritus puros que asisten al trono del Altísimo, cantándole siempre su amor! Porque Teresa de Jesús fué definida así por Bossuet: «una criatura que vivió sobre la tierra como si hubiese estado en el cielo; y que, estando hecha de frágil arcilla humana, casi no ha vacado menos a Dios que las puras inteligencias que brillan siempre delante de El con la lumbre de un eterno amor» (1). Así se la presentaba el Aguila de Meaux a la Reina de Francia en el exordio de su grandioso panegírico.

Haced un ligero esfuerzo de imaginación y figuraos un río, no de cristalinas aguas, sino de gloriosos fulgores, y que no corriese hacia abajo, engrosándose al través de campiñas y vegas, para ir a desaparecer en la inmensidad de los mares, sino que corriese hacia arriba, salvando, en invertidas cascadas, cimas y alturas, hasta trasponer las más excelsas cumbres y escalar en rompimientos fulgentísimos los infinitos océanos de la gloria del cielo. Mi fantasía es muy caprichosa, y en una imagen así, es como mejor se representa el vivir inefable de Teresa de Jesús, rompiendo ya hacia arriba, desde la misma infancia, cuando

(1) Elle (la Reina) verra une créature qui a vécu sur la terre comme si elle eût été dans le ciel; et qui étant de matière ne s'est guère moins appliquée a Dieu que ces pures intelligences qui brillent toujours devant lui par la lumière d'une charité éternelle.— Panegyrique de Sainte Thérèse.

leía y releía las vidas de los mártires y, sin parar mientes en la dureza de los martirios, ansiaba sufrirlos todos, pues el morir por Jesús la embriagaba de divino ardimiento. No había comenzado a vivir, y ya estaba anhelando morir por Jesús, y con bella muerte trágica, llegando a maquinar con un hermanito suyo y a escondidas de los padres, la manera de ir a tierra de moros con objeto de conseguir el martirio. En plena niñez, cuando sólo se ansían mimos y halagos, y ¡descollando ya en el ápice de lo sublime, ardiendo en ansias de derramar su sangre por Jesús! ¡Ah, que sus vivos anhelos de martirio se habían de colmar, pero no en un instante, como ella y su hermanito se figuraban el día en que se escabulleron de la casa paterna, imaginándose llegar en seguida a tierra de moros, el martirizadero con que soñaban! Ella había de arrostrar muchos martirios, y tan terribles por lo dolorosos, como por lo lentos y prolongados. Toda su vida, aun en el apogeo de los deliquios y los éxtasis, había de ser un martirio continuado y tremendo...

Pero eso sí: ella había de mostrarse siempre, a lo largo de su vivir, bellísima, enamoradora, lo mismo cuando sus padres debían de estar para comérsela a besos, al verla jugar con su hermanito a la vida cenobítica, en el casero jardín, y teniendo muy en serio, a determinadas horas, su retiro y su meditación sobre las verdades eternas, que cuando, ya en los años maduros, trocada en verdadero serafín con alas y todo que le prestaba el amor, volaba y revolaba, de éxtasis en éxtasis, por las supremas regiones donde mora el Amado. Hasta en el mismo paréntesis de frívola juvenzuela, cuando, merced a inconsiderada amiga, se dejó llevar, poco a poco, de romancescas lecturas, entonces tan de moda en nuestro suelo, se me antoja a mí bellísima y encantadora. Y es, sin duda, que pienso en las deliciosas páginas que, vituperando aquel fugaz paréntesis, nos dejó escritas, y en que —lo aseguran todos los inteli-

gentes teresianos— nunca llegó a mancillarse de guisa que perdiese la gracia bautismal (1).

—¿Que se deleitó con libros de caballerías frívolos y amorosos?

—No rezaría mucho con ellos lo de «sermonarios del diablo», como alguien los bautizó, cuando no la hicieron perder su pura inocencia.

—¿Que se adornaba y perfumaba, afanándose harto por su aliño y aseo?

—Correntísimo, correntísimo en una garrida mozuela española. Era de muy peregrina hermosura, y ella lo sabía y se holgaba de que por hermosa se la tuviese. Sería no ser mujer— ¡y mujer hispana! —no haber a solaz, de joven, el pasar plaza de hermosa...

Y además fueron esas lecturas y esos aderezamientos, sorprendidos por la austeridad de su padre, los que la llevaron al colegio de las Madres Agustinas, que supieron labrarla como ¡preciosísima perla para la corona de Dios; pues fué allí donde alboreció la vocación religiosa que a los tres o cuatro años la había de señorear del todo, a fuerza de divina gracia. La rigidez claustral la espanta a primera vista; pero la gracia de Dios le sonríe, prometiéndole inefables dulcedumbres que la harán sobrellevar victoriosamente todas las rigideces y todas las mortificaciones. Y la lid entre la divina gracia y los halagos del mundo estalla en su ser, que, por algún tiempo, se torna campo de guerra, donde su corazón es arrebatado cuándo por una fuerza, cuándo por otra.

De un lado la divina gracia le pinta los inminentes peligros del siglo: ¡ah, que las pasiones la dominarán y juga-

(1) No solamente lo atestiguaron sus más doctos confesores, sino que además lo insinuó la misma Santa en las páginas impercederas de su *Vida*, reconociéndolo verdad la Sagrada Rota y publicándolo solemnemente en la Bula de canonización el Papa Gregorio XV.

rán con ella, empujándola, de placer en placer y de descarriadero en descarriadero, por los caminos de la perdición! Y de otro lado la fantasía le representa, como inllevables, las crudezas del claustro: ¡ah, que las privaciones de la vida religiosa entenebrecearán para siempre sus simpatías y sus hechizos!...

Pero ¿no es lo primero la salvación? Y la salvación de un alma apasionada, como la de ella, ¿no estará mucho más asegurada en el claustro que en el siglo? Y al fin la gracia divina triunfa, y Teresa sonríe a la vida religiosa, y el ángel de la guarda de los claustros carmelitanos se estremece de júbilo viendo a otro ángel de la guarda de ellos que los ha de restaurar en su primitivo fervor, párandolos planteles de santidad, aromosos y enflorados.

Y Teresa se decide a volar al claustro. Su padre, tan íntegro caballero católico, no quería oponerse a los designios de Dios, pero se resistía a que su hija se le fuese al convento. Y he aquí que ella sin decirle nada, a hurtadillas, se desliza una mañana en las Carmelitas de la Encarnación, mas ¡con qué pena tan desgarradora! La pondera ella muy cálidamente en su *Vida*: «cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se apartaba por sí» (1). ¡Qué recio temple de heroína cristiana: de niña se había fugado del hogar paterno, suspirando por el martirio, y ahora se fugaba para encerrarse en el claustro!

Y desde entonces la oración ardiente es su ejercicio de día y de noche, no obstante el tirar con frecuencia de su natural los afectillos del mundo. Su afán era darse toda entera a Dios, en cuyo amor se abrasaba. Aquello del Salmista: *concaluit cor meum intra me*, mi corazón llameaba dentro de mí, lo podía propísimamente hacer suyo Te-

(1) *Vida*, c. IV.

resa, de continuo inmergida en vivísimas llamas de divino amor. Y luchando por vivir una vida totalmente seráfica, pasó más de veinte años en aquel convento, donde su Amado la probó con tibiecillas de espíritu que la atormentaban, pareciéndole que no amaba como ella quería amar a su Dios; mas no, por eso, dejando de orar y cada vez con más fuerza y ternura. ¡Oh, el sufrir allí de Teresa con aquel interior combate por sentirse enamorada de Jesús! Porque el propio Jesús parecía abandonarla en desgarradoras sequedades y en persistentes simulados alejamientos. Teresa estaba entonces en plena noche oscura del espíritu, cuando, para la total purificación del entendimiento y de la voluntad, es forzoso, al decir de San Juan de la Cruz, experimentar los amarguísimos desvíos del celestial Esposo. Y aquella oscura noche mística se había de dilatar por espacio de veintidós años, hasta la fecha memorabilísima de serle traspasado el corazón con el dardo de oro de un ángel, y comenzar a vivir aquella vida nueva a que ella se refiere en las páginas imperecederas de su *Vida*: «es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida. Es que vive Dios en mí. La de hasta aquí era mía» (1). Pero no se vaya a creer que cesase ya de sufrir; porque aun en los arrobamientos innumerables con que desde entonces solió el Señor regalarla, no le faltaron dolores agudísimos. Dábanse en ella junta y admirablemente las crucifixiones con Cristo en la cruz, y los sobreabundamientos de gozo en toda tribulación que sentía San Pablo. ¡Siempre sufriendo, y siempre anhelosa de sufrir más, y siempre inundada interiormente de inefable alegría!

Todo lo había menester para la gran obra que Dios esperaba de ella y por la que ella suspiraba: la de llevar a cabo la reforma de la Orden carmelita, que se había relajado harto en sus fervores primeros. ¡Ahí era nada el

(1) *Vida*, c. XXIII.

arduo empeño de Teresal ¡No escardillar y regar tiernas plantas, sino destorcer y enderezar robles añosos y robustos! Y nada la arredró, porque nada la arredraba jamás, yendo por medio la gloria de Jesús. Ella sabía muy bien que el cristianismo había arraigado en los pueblos a fuerza de sangre de mártires; que las magnas obras de la Iglesia siempre se han realizado, rompiendo a rostro firme por muros de contradicciones; que los apóstoles de las grandes causas no han de temer espadas ni cadenas...

Y así, llena de impavidez, puso manos a la anhelada reforma. Y en vano tronaba la tempestad relampagueando sobre su frente, y en vano le azotaban los vendavales el rostro. Ella sufre horrores, pero jamás cede ni se acobarda. Se la excomulga (1); se la llega a encarcelar en un convento; se llega a decir de ella, como asegura el ingenuísimo P. Diego de Yepes, «lo último que de una mujer se puede decir» (2). ¿Qué más? Hasta se trata de exorcizarla, como si estuviera poseída del demonio, según certifica Fray Luis de León (3). Y ella ¡siempre adelante, con ánimos de capitana invicta! ¡Maravilla aquella mujer, perseguida, calumniada, casi siempre enferma y languideciente, y sacando aquellas energías espirituales y físicas de su naturaleza asombrosa!

¡Ah, que amaba mucho a Jesús, y el amor le hacía, no

(1) «Aunque el P. Fr. Angel ha dicho vivo apóstata, y que estaba descomulgada, Dios se lo perdona.» Carta al Padre General Fray Juan Bautista Rúbeo de Rávena.

(2) *Relación de la Vida y Libros de la M. Teresa que el P. Diego de Yepes remitió al P. Fr. Luis de León.* Tomo II de la obra del P. Silverio de Santa Teresa, pág. 492.

(3) *De la Vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús.* Libro primero, por el Maestro Fr. Luis de León. *Ibidem*, pág. 485. Lo dice la misma Santa: «Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas.» *Vida*, c. XXIX.

ya llevaderas, sino gratisimas, todas las cruces! Lo dijo ella, entendedora de esas cosas como nadie, admirabilisima doctora del amor y del sufrimiento: «tengo para mí que la medida del poder llevar gran cruz, u pequeña, es la del amor» (1). Y además ella sabía harto bien que el verdadero merecer no consiste en el gozar, sino en el sufrir. Se lo había dicho el mismo Amado: «Esto me dijo el Señor el otro día: ¿piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció, y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el Monte Tabor habrás oído mi gozo... Cree, hija, que a quien mi padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor» (2). La fuente de sus gallardías e intrepideces era siempre la cruz. «Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hálole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo, que fuese contra mí, con no me faltar Dios» (3).

Ya, tras costosos arrostramientos de dificultades, había fundado su convento de San José de Avila, aquel «riconcito de Dios», donde pensaba vivir descansada y satisfecha, cuando, cierto día, orando, es arrebatada en éxtasis, y contempla el choque de miles de combatientes en ancho campo de batalla (4). Los religiosos, que son los que combaten de una parte, derrochan heroísmo. Le gusta verles los bellos rostros inflamados, y se siente ella también henchida de espíritu heroico para luchar contra los enemigos de Dios; y ya no piensa pasarse la vida en holganza espi-

(1) *Camino de perf.*, c. XXXII, tomo III.

(2) *Relación XXXVI*, págs. 64 y 65, tomo II.

(3) *Relación tercera*, pág. 17.

(4) *Vida*, c. XL.

ritual, en su rinconcito; y se dedica, afanosa, a fundar conventos, llena de bélicos ardores, y como sintiendo ser mujer y verse impedida de arrojarse al combate, hervorosa de celo por la salvación de las almas.

Y Teresa acomete impávida aquella cruzada de fundaciones en que hay tantísimo de epopeya. Surgen montañas de dificultades, y montañas de dificultades salva aguerrida. Y en el espacio de dieciocho años funda treinta y dos «palomarcitos de la Virgen del Carmen», que son treinta y dos oasis frondosos de paz y de santificación. ¿Qué importaba que anduviese adolecida y como agotada? Ella no podía cruzarse de brazos ni interior ni exteriormente. Tenía que estar siempre en acción, y en acción divina. Y no había retroceder ante ninguna fundación, cuando veía claros los designios del Altísimo: la fundación se llevaba siempre a su coronamiento.

Yo me la imagino yendo a fundar a un lado y otro, por esas hispanas llanuras, a veces jinete en mula briosa, que sabe regir a maravilla, a veces pasajera en desvencijada tartana, trocada, por ensalmo, en fervoroso convento, porque allí se ora y se trabaja y se recrea. Y la veo siempre humanísima, y más divina cuanto más humana, charlar con los palafreneros, o los cocheros, que se sometían, gustosos, por unos días, a aquella vida conventual ambulante. Y cuando pasan a la vera de una iglesia, la miro ir con sus monjitas a visitarla para orar un rato, y, si la encuentran cerrada, arrodillarse a su puerta en breve fervorosa oración. Y cuando dan con algún paraje pintoresco, las contemplo apearse unos instantes a disfrutarlo un poco, para que no las abrume el cansancio. Y cuando se les echa la noche encima y tienen que posar en alguna de aquellas ventas que tan galanamente nos pintó Cervantes, las observo acomodarse, como mejor pueden, en algún rincón, apartadas del bullicio ventileril, y allí mismo constituirse en exiguo convento, hasta

que, de amanecida, tornan, gustosas, a la galera o a las mulas.

Y ya llegadas a la fundación, a lo mejor una casona destartalada, había que ver a Teresa de Jesús moverse, barrer, limpiar, cocinar, como la más humilde freila, desviarse porque sus monjitas no se entristeciesen, antes, al contrario, sazonasen las consiguientes privaciones del improvisado convento con francas y sonoras risas, para lo cual les contaba graciosas historietas, o salía a las afueras de la casa, trayéndoles luego puñados de flores. ¡Qué humanísima mujer! ¡Sería de verla entrar en Medina del Campo, a media noche, cuando encerraban los toros (1) que se habían de lidiar al siguiente día, que era la fiesta del pueblo, y ponerse a aderezar inmediatamente en el portal la capillita que, con gran júbilo suyo, tanto había de edificar al pueblo medinés, que acudió, devoto, a adorar a Jesús en su nuevo portal de Belén! ¡Sería de verla fundar en Salamanca, teniendo, ya llegadas las fundadoras, que desalojar el caserón, a regaña dientes, sus moradores, los estudiantes que hicieron temer algún desaguisado estudiantil a su compañera de fundación, quien, llena de inquietud --era la Noche de las Animas-- llegó a decir a la Santa: «Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola?» A lo que muy teresianamente respondió ella, que llevaba dos noches sin descansar: «Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir» (2). ¡Y habría que verla cuando, de paso para la fundación de Sevilla, llegan a Córdoba, antes de amanecer, y han aquellos apuros para oír misa, pues era día de fiesta --primero el permiso del Corregidor para que pasase el carro por cierto puente; luego el carro que no cabía por él, teniendo que ser ase-

(1) *Libro de las Fundaciones*, c. III.

(2) *Ibidem*, c. XIX.

rradas unas cosas; después, al dirigirse las monjas al templo, cubiertas con sus largos velos, las miradas y risas y bullicio popular, «porque el alboroto de la gente era como si entraran toros» (1)... — ¿Verdad que en aquellas peregrinas fundaciones hay mucho de sencillamente épico, y que la Santa, al través de esa su épica labor reformadora, aparece siempre estrenua y magnísima?

Y, sin embargo, ¡qué humilde se mostraba siempre! ¡Ah, que para llevar a cabo tan estupenda obra, hubo de darle antes muy hondos cimientos de humildad! Sabía asaz bien el sapientísimo consejo de mi gran Padre San Agustín de que, antes de levantar «magna fábrica de celsitud», había de pensarse en su fundamento. Y de ahí el llamarse tantas veces a sí misma «ruín», «flaca», «pobrecilla», «gusanillo», «monjuela», «hormiga», «pecadorcilla», «la cosa más sin provecho del mundo»... Y sincerísimamente se llamaba todas esas cosas. El ser tenida por santa, porque a cada instante se la veía en éxtasis, la torturaba de modo que pedía ardientemente a Dios no le brindase tan altas delicias. Juzgaba siempre las virtudes ajenas de muy más subidos quilates que las propias, y al ver que a ella le prodigaba Dios aquellos inefables regalos, pensaba humildísimamente: «Creo que de flaca y ruín me ha llevado Dios por este camino» (2). Y atribuía a sus muchos pecados —llamábase a veces «piélagos de maldades»— el no sentir jamás altamente de sí: «el haber tenido tantos pecados y servido a Dios tan poco debe ser causa de no ser tentada de vanagloria» (3). ¡Oh, que se sonroja y avergüenza uno al ver a la Santa de los éxtasis acusarse de maldades, ella que conservó toda su vida la ino-

(1) *Ibidem*, c. XXIV.

(2) *Relación primera*, pág. 8.

(3) *Relación cuarta*, pág. 28. Y en carta al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, repite lo mismo.

cencia bautismal! ¡Oh, que las maldades de que tantas veces se acusa están muy por encima de nuestras virtudes! Y ¡oh, que las flaquezas y ruindades de que tan a menudo se tilda, valen infinitamente más que nuestras fortalezas y nuestras bravuras!...

Y con esa hondísima humildad, ¡qué gallardía de valor sabía unir, siempre que fuese en ello la gloria de Dios y la salvación de las almas! Vibraba a veces con impulsos de capitán de nuestros tercios. No le bastaba celo ardiente de apóstol, y tenía animosos ímpetus de cruzado. «Páreceme a mí que contra todos los luteranos me pornía yo sola a hacerles entender su yerro» (1), decía en uno de esos instantes de belicosas gallardías. Y en otro, rompe en briosos apóstrofes contra todos los demonios — «que no temería tomarme con ellos a brazos» —, desafiándolos con estas ínfulas quijotiles que tan de perlas había de remedar el hidalguísimo caballero manchego: «ahora venid todos, que, siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer» (2). ¡Qué bravísima doncella! Diríase que la influencia de sus caballerescas lecturas pueriles la transformaba imaginariamente en heroína andantesca, que vestía velmez y armadura, y se arrojaba, espada en mano, a combatir a los enemigos de Cristo.

No salió a combatir, pero seguramente ganó ella sola, con las allamaradas armas de sus oraciones, más victorias contra los protestantes que todos los teólogos y filósofos católicos de entonces con las armas de sus saberes. Como que se puede muy bien decir que fueron los planteles teresianos los pararrayos deshacedores de las nubes heréticas que empujaba contra nosotros la Reforma. Y no solamente escudaron esos pararrayos espirituales a España, sino también a Francia. Dios no podía resistir a aquellos ardimien-

(1) *Relación tercera*, pág. 18.

(2) *Vida*, c. XXV.

tos de la virgen abulense de querer dar mil vidas por la salvación de una sola alma francesa. Véase cómo hablaba, al oír los estragos del Calvinismo, allende el Pirineo: «díome gran fatiga, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían» (1). Y si Francia permaneció católica, debido fué a las encendidas oraciones de Teresa, como se lo dijo en revelación misteriosa el mismo Jesús. ¡Oh, si Francia meditase bien esas amorosas oraciones, la gratitud que sentiría siempre hacia Teresa y hacia España!...

La virgen de Avila sabía muy bien el obrar victorioso de las oraciones. Por eso compara a los contemplativos con los alféreces que no combaten en las luchas, pero llevan la bandera y se juegan por ella con ardimiento heroico la vida. «Aunque en las batallas —dice— el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro, y en lo interior debe de trabajar más que todos; porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de dejar de las manos» (2). ¡Qué bien! Creyérase que, al escribir estas bélicas frases, estaba memorando la hazaña de aquel insigne paisano mío, Gutierre González de Quirós, alférez del Pendón Real en la batalla de Aljubarrota, quien lo llevó con tal bravura, que, habiéndole cortado los brazos, lo sujetó con los dientes, y así lo mantuvo hasta perder la vida, y aun después de perderla, pues muerto, le encontraron, con los dientes asido a él.

Y por eso, en un capítulo que parece escrito con brasas de fuego, les pide ella a sus contemplativas monjas que rueguen con todo fervor por los que riñen las batallas de Cristo contra la herejía y la impiedad, para que sean bue-

(1) *Camino de Perfección*, c. I.

(2) *Camino*, c. XVIII.

nos capitanes. «¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombres, sino ángeles? Porque, a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni primita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho, porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar» (1).

El celo por la salud del prójimo la consumía, y no se cansaba nunca de enfervorizar a sus monjas para que aco-
sasen a Dios rogándole por la salvación de las almas. Y rechazaba la objeción que hacer pudieran de que el orar por los demás disminuyese el orar por el propio provecho, no descontándoseles, así, la pena que en el purgatorio habían de sufrir. ¡Y qué graciosa y abnegadamente lo hace! «Si teméis que no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esa oración, y lo que más faltare, falte. ¿Que va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuanto más el provecho de muchas y la honra del Señor! De penas que se acaban, no hagáis caso de ellas cuando intreviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros» (2).

Y concluía el ardoroso capítulo con una plegaria cuyas son estas vivas frases: «Mirá, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras, por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden... No primitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas» (3). ¡Tan vivo fervor atizaban en ella los estragos que hacían los protestantes por los cristianos apriscos franceses!

(1) *Ibidem*, c. III.

(2) *Camino* pág. 22.

(3) *Ibidem*, pág. 23.

Y quien así amaba a las almas por Dios, ¿cómo amaría a Dios por sí mismo? Esto no es para dicho por nadie con el pobre idioma de los hombres, ya que no lo podía decir ella misma con aquel su idioma de los ángeles. Baste saber que no vivía en sí, sino en su Jesús. «Viénneme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo... Que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza» (1). Y de ahí los divinos desposorios que celebró un día con ella Jesús, dándole y todo sus arras misteriosas, poniéndole a su merced la honra divina. Y de ahí los coloquios con su Esposo, cara a cara, disfrutando de su amor y de su hermosura, y aquel ir a comulgar muchas veces y ver a su divina Majestad en la Eucaristía y quedarse como anonadada ante El: «los cabellos se me espeluzaban —dice— y toda parecía que me aniquilaba» (2). Y de ahí la célica lumbre en que se sentía envuelta, a raíz de las comuniones, cumpliéndose en ella, al pie de la letra, aquello de mi gran Padre San Agustín: *nos manducando Crucifixum et bibendo illuminamur* (3), nosotros comiendo y bebiendo al Crucificado, nos anegamos en luz. Y de ahí sus arrobamientos continuos que hicieron se la llamase «la Santa de los éxtasis», pues andaba casi siempre extasiada, gozando ya en la tierra de las inefables delicias de su Dios. Y de ahí las profundas nostalgias del cielo que la hacían exclamar a veces: «¡Oh deleite mío..., y Dios mío! ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra, para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad!» (4).

El hondísimo desdén de San Ignacio de Loyola hacia

(1) *Relación 3*, pág. 19, tomo II.

(2) *Vida*, c. XXXVIII.

(3) *Ennarratio in psalm. 83*.

(4) *Soliloquio VI*.

la tierra, cuando miraba al cielo, sentíalo Teresa a cada instante, aun ante las cosas más bellas del mundo: «cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, flores, olores, músicas..., paréceme no lo quería ver ni oír: tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver» (1). Hasta el haber de alimentarse le era dolorosísimo, como a San Bernardo, y, sobre todo, si estaba en oración, causándole entonces grandísima pena. Oigámosla a ella ponderarla: «Debe ser grande, porque me hace llorar mucho y decir palabras de aflicción... lo que yo no suelo hacer. Por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón» (2). ¡Y tan recio y tan animoso y tan varonil!

Y en medio de tanta santidad y de tan arrebatado amor a Dios, ¡qué mujer siempre y qué netamente española! Espíritu jovial, chancero, generoso, magnánimo, en su fisonomía moral resaltan, como mil flores, la serena alegría, el júbilo sano, la bienazonada agudeza, el gracejo, el donaire... No quería caracteres melancólicos en sus conventos, y solía decir: «¡Dios me libre de santos encapotados!» Alguna vez, durante el recreo vespertino de los días navideños, salió de la celda cantando, danzando y contagiando a sus monjas de aquella su efusiva alegría. La donairosa gracia de su ingenio femenino se le iba irremediable y naturalísimamente, como se le va el perfume a la flor y la frescura al cristal diáfano del arroyuelo. A menudo chanceaba mujerilmente con un humorismo encantador, como cuando le escribía a la M. María de San José, priora de Sevilla: «¡Oh, qué vana estará allá ahora con ser medio provincial!»; o cuando ironizaba, perspicacísimamente, hablando de «aquella priorita», o de esta «urguillas de la priora»;

(1) *Relación primera*, pág. 6.

(2) *Ibidem*, pág. 18.

o cuando, con sonrisa maternal, llamaba «medio fraile» a su «Senequita» San Juan de la Cruz, por lo bajito que era de talla; o cuando le decía «Matusalén» al Nuncio de Su Santidad, Monseñor Nicolás Ormaneto, por lo viejecillo y añoso, no por ojeriza; que era «Nuncio santo», y favorecía mucho la virtud y así estimaba a los Descalzos» (1); o cuando al bendito Fray Juan de la Miseria, que se había empeñado en retratarla en unas cuantas sentadas, le embromaba así, al contemplar el retrato, que no tenía asomos de obra maestra: «Dios te lo perdone, Fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa». Ella no ponía bridas a aquella su santa libertad de espíritu de mujer. ¡Con qué gracia se burla del confesor simple y sin letras, que si va a confesar a una monja «harála entender que es mejor que le obedezca a él, que a su superior», y si confiesa a una mujer casada, «dirála que es mejor, cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente a su marido»!... (2).

¿Cómo, adornada por Dios de tan gentiles dotes, no ha-

(1) *Las Fundaciones*, c. XXVIII, pág. 245. A la muerte de este santo nuncio, añade la Santa, «Vino otro que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer.» Fué éste Monseñor Segá, el que dijo de ella las famosas palabras: «Fémína inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas, andando fuera de clausura, contra el orden del concilio Tridentino y prelados, enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen.» Y esto fué «lo menos que dijo.» *Las Fundaciones*, nota, pág. 246. Sabido es que Felipe II, viendo lo mucho que se equivocaba el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Segá, en juzgar a la Santa, le nombró cuatro insignes varones, entre ellos el agustino Fr. Lorenzo de Villavicencio, predicador del Rey, hombre de gran sabiduría y gran favorecedor de los Carmelitas descalzos, para que se aprovechara de sus consejos; y que fueron esos insignes varones los que le hicieron cambiar de juicio.

(2) *Vida*, c. XIII.

bía de ser queridísima de cuantos la conociesen? Lo dijo ella con su ingenuidad adorable, hablando de las monjas agustinas con quienes, de niña, se había educado: «todas ellas estaban muy contentas conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida» (1). A todos encantaba aquella mujer que dialogando tan asiduamente con Dios, y discutiendo con teólogos y filósofos, y carteándose con cardenales y reyes, y siendo visitada de duques y príncipes, no se desdeñaba de hablar con labriegos y pajes, y a veces hasta con pícaros de los que abundarían por los mesones y ventas, donde, alguna vez, se veía obligada a pernoctar, y manteniéndose siempre, en su cruzar por la vida, más limpia aún que el cisne que cruza por el lago sin mancharse ni aun mojarle las alas.

Y así es como se erigía un verdadero principado en almas y corazones. Todos la deseaban ver, y sabido es el dicho de un prebendado de que, si, para verla, necesario fuese, anduviera cien leguas de hinojos. Las muchedumbres se apiñaban en sus caminos para besarle las fimbrias del hábito, como a Jesús. Los grandes títulos de Castilla se desvivían por darle hospitalidad en sus palacios cuando iba a fundar o a visitar alguno de sus conventos. Los labradores conducían sus ganados hacia el sitio por donde había de pasar, y la vitoreaban y le pedían de rodillas que se los bendijese. Las doncellitas saboreaban la miel de sus graciosos decires, y corrían, presurosas, a perfumar y embellecer sus claustros. ¿Había algún magnate o algún sabio prevenidos contra ella? La trataban una sola vez, y quedaban encantados, y se declaraban sus decididos favorecedores (2). Bastaba que alguien se le mostrase esquivo

(1) *Vida*, c. II.

(2) Sabido es lo que le aconteció al P. Fr. Bartolomé de Medina, catedrático de la Universidad de Salamanca. Recio y duro de carácter, parecía mal cuanto se decía en loor de Teresa, y hasta llegó a

y zahareño para que ella le sitiase y conquistase con cerco de triunfal amor. Para todos era un imán atrayentísimo. Tuvo la suerte de decirlo ya mi glorioso hermano Fray Luis: «nadie la conversó que no se perdiese por ella; niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes de que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro...; que el profano y el santo, el distraído y el de reformadas costumbres, los de más y de menos edad, sin salir ella, en nada, de lo que debía a sí misma, quedaban como presos y cautivos de ella (1). Diríase que el más hermoso serafín de la gloria se había querido hacer mujer y había surgido Teresa, toda encanto, toda hermosura, toda hechizo del humano linaje. ¡Qué mujer más honradora de la mujer! ¡Y esta mujer, gloria del mundo y aun gloria del cielo, era española! ¡Y tan española! ¡De las de hebra genuina y casticísima cepa!

¡Oh, que todo es luz pura y acrisoladísima en esa divina mujer hispana! No hay en ella ni una sombra. No se ha podido poner ni una tilde a su santidad, ni una mácula a su seráfica vida, ni siquiera un reparo a sus doctrinas luminosas, aceptadas de lleno en lleno por la sabiduría de la Iglesia, y como incorporadas al sacratísimo depósito de las redentoras enseñanzas de Jesús. Toda ella es luz pura y acrisoladísima. Es la mujer-sol cuyos resplandores alcanzan a iluminar el universo mundo. Doquier se la aplaude,

burlarse de ella, tildándola, en plena cátedra ante sus alumnos, de mujercilla que haría mejor con dedicarse a hilar. Súpolo la Santa, fué a confesarse con él, y, al día siguiente, el insigne teólogo comenzaba su lección rectificando de lleno sus anteriores burlas: «Señores: el otro día dije aquí unas palabras mal consideradas de una Religiosa que funda Casas de monjas descalzas, y hablé mal. Hela comunicado y tratado, y, sin duda, tiene el espíritu de Dios y va por muy buen camino...» Después ya nunca se cansaba de glorificar a la Madre Teresa. Vid. *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*, por José de Lamano y Beneite, págs. 195 y 196.

(1) *De la Vida, Muerte*, etc. Edición crítica, tomo II, pág. 475.

doquier se la bendice, doquier se la engrandece, y no digo se la adora, porque la adoración es sólo a Dios debida, por más que, en lo hervoroso de nuestro culto a Santa Teresa, casi puede decirse que se nos escapan inconscientes chispazos de adoración.

Permitid que se me desborde el entusiasmo. ¡Oh, que la contemplo sublime en sus Tabores, paladeando las suavidades regaladas que le brinda el Señor, sumiéndola a cada instante en ímpetus y transportes que la embriagan y beatifican! ¡Y oh, que la contemplo más sublime aún en sus Calvarios sufriendo, sonriente, transverberaciones y desgarraduras de entrañas, y galanteando cada día más enamorada a Jesús, diciéndole que o la mate o la dé más, mucho más que sufrir por su amor!... ¡Divina! ¡Divina! No ya sólo no se puede comparar con ella ninguna de las excelsas mujeres gentiles, porque a todas las sobrepuja en lo que sobrepuja la gracia a la naturaleza; pero ni siquiera se le pueden comparar, a no ser quedándose todas muy por debajo, las mismas grandes mujeres cristianas, sobre las cuales puede ella flotar, como sobre rompimiento de gloria, al modo que pintaron a la Inmaculada nuestros Riberas y nuestros Murillos. Yo os digo con toda sinceridad que barrunto, como fundido en ella, y magnificado aún, y como elevado a su potencia suma —y libreme Dios de querer abreviar su munificencia infinita!— el gran espíritu de todas las períncelitas mujeres de nuestra patria, desde Santa Engracia y Santa Eulalia, tan glorificadas en los magníficos cantos de Prudencio, hasta la magnánima D.^a Jimena, tan ensalzada por el juglar anónimo del Poema del Cid, y las preexcelsas D.^a Berenguela y D.^a Blanca de Castilla, reinas y madres de reyes y de santos, y aun la misma incomparable Isabel la Católica...

Pero no se han menester históricas divagaciones para rastrear a Santa Teresa en su asombrosa magnitud. Basta contemplarla ocupando su debido puesto en aquella España

santa y gloriosa de sus días. El Renacimiento nos había importado una corrupción general de costumbres, de la cual había sido *La Celestina* espontáneo, naturalísimo brote. El mal había invadido de manera pasmosa hasta los mismos claustros. Para colmo de infortunio social llegaban a nosotros las salpicaduras del Protestantismo. ¡Vaya un Renacimiento! ¡Las espantosas ironías con que a veces rotula ciertas edades la historia!...

Y, sin embargo, ¡qué de maravillas se obraron en nuestra nación, merced a la verdadera reforma de todo, efectuada a raja tabla por Isabel de Castilla y por Cisneros! ¡Quién, tras la aparición de *La Celestina*, habría de augurar aquel siglo ubérrimo de hispana santidad: Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Sahagún, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Beltrán, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, el Beato Alfonso de Orozco, el Beato Juan de Avila, y, sobre toda esta gigantesca y fulgidísima constelación de gloria, Santa Teresa de Jesús, como su más alto y radiante sol, el más ensalzado por nuestros ilustres varones de ciencias y letras, el más cantado por nuestros vates, el más venerado por nuestro pueblo. ¿Qué digo, por nuestro pueblo? ¡Por todo el orbe! Después de la Virgen María y de San José, acaso no haya santo que tenga más reflexivo y estuoso culto en el santuario de las conciencias (1). Como a ningún otro cede en aura popular, a ninguno cede tampoco en la veneración cálida y efusiva de las almas. Teresa vive y alienta en todos los nobles pechos católicos con vida plena y robustísima. Lo que dijo mi insigne hermano Fray Luis de León sigue siendo realidad palmaria, no ya sólo en

(1) El malogrado Lamano aun iba más lejos que yo. Véase cómo escribe: «... si ponemos aparte a la Inmaculada Virgen y Madre de Dios, no hay santo alguno que tenga más altares ni más adoradores ¡aun de aquéllos que no tienen la dicha de adorar a Cristo dentro de su Iglesia!...» *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*, pág. 353.

nuestro hispano solar, sino en todo el mundo: Teresa sigue siendo irresistible imán de todos los corazones generosos. ¡Ah, nada, nada extraño que el venerable Palafox dijera: «creo que, después de la Reina del cielo, no ha habido mujer de más provecho en la Iglesia de Dios» (1), ni que San Alfonso María de Ligorio encabezase siempre sus escritos con el nombre de nuestra virgen abulense; ni que el P. Fáber, el gran místico inglés, escribiese: «serían necesarias innumerables eternidades para pagar a Dios la merced inestimable que nos ha otorgado dándonos así a nosotros como a su Iglesia, la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús» (2); ni que la Iglesia misma colocase en la Basílica de San Pedro, y al frente de su nave principal, la estatua de esa admirable mujer española con el rótulo de *Mater spiritualium*, Madre de los espirituales!...

Es hora ya de dar término a esta conferencia, y se lo voy a dar, insinuando lo que yo quisiera que fuese nuestro entusiasmo por Santa Teresa de Jesús, y, especialmente, lo que yo quisiera que fuese en la mujer española. Es grandísimo el entusiasmo que está despertando por muchas ciudades de España el tercer centenario de la canonización de nuestra virgen abulense; pero yo aún quisiera que fuese mayor, mucho mayor. Yo quisiera que ahora surgiese un movimiento general de glorificación teresiana, como el que cundió por todo el suelo patrio, cuando, a raíz de haber exhalado la Santa su último aliento, rompieron en grito clamoroso nuestras Universidades, nuestras academias y nuestros cabildos, conmoviendo a Felipe II y haciendo que el prudente Rey pusiese su omnímoda influencia en que se incoase en seguida el oportuno expediente de canonización de aquella mujer, glorificadora, como ninguna otra, de la sangre de la raza. Tan viva e intensa fué

(1) *Cartas de Santa Teresa*, fragmento 76, nota.

(2) *Todo por Jesús*, c. VII.

aquella explosión nacional de entusiasmo, que persistía aún, cuando, al ser beatificada nuestra virgen abulense, en el año 1614, desbordó en fiestas toda España, y muy especialmente Madrid, que celebró aquel magno certamen poético al cual concurrió, entusiasmadísimo, nuestro inmenso Cervantes, que obtuvo en él un premio honroso cantando en fervorosa canción los éxtasis de Teresa de Jesús. ¡La alegría general con que se la declaró Compadrona de España, no obstante la oposición de Quevedo, que, devoto santiaguista, temía que ello fuese en desdoro de Santiago, bien que reconociese le sobaban méritos a Teresa, no ya para ser Compadrona de España, sino para serlo de «muchos mundos» que a Dios pluguiera haber creado, para honrarlos con su protección!

Sí, es un hecho sonriente: el entusiasmo de ahora por Teresa de Jesús es también muy para bendecir al cielo. Lo patentiza esta solemnísimas fiesta con que ha querido glorificarla vuestra magnífica Ciudad Condal, verdadera grandiosa perla del Mediterráneo, que, mejor que nunca, merece los clásicos loores que le consagró el sin rival Don Quijote de la Mancha, al llamarla «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única» (1). Poco desmerecerá esta solemnidad universitaria de las que, el mes pasado, hubieron de celebrarse en la Universidad salmanticense y en Alba de Tormes, con motivo de imponer a la autora de *Las Moradas* el birrete de Doctora *honoris causa*, que le confirió por aclamación el claustro universitario de la antigua Atenas española, birrete labrado de joyas espléndidas, donadas gustosísimamente por la flor de nuestra aristocracia femenina.

Pero, lo repito, yo aún quisiera que fuese mayor ese en-

(1) *Segunda parte del Quijote*, c. 72.

tusiasmo, y, sobre todo, yo quisiera que entre las compatriotas de la Santa hubiese además entusiasmos de otra índole. Bien, muy bien que nuestras damas próceres se hayan desprendido de joyas preciadísimas para que con ellas se labrase el birrete doctoral impuesto a Teresa de Jesús. Pero yo quisiera que el honor de los honores que mis compatriotas consagrasen a la Santa, hubiese de consistir en imitar y propagar su espíritu divinamente civilizador y santificador, siendo, a semejanza suya, no sólo amantes de la virtud, sino también entusiastas de las letras.

Como esmalte sobre oro se me antoja que viene aquí aquella viva recomendación de las letras que hacía la Santa: «tiempo verná que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a su Majestad» (1). ¿No es cierto que, como esmalte sobre oro, les viene ahora a nuestras mujeres esa vivísima recomendación teresiana? Yo no creo que estuviesen tan lejos aún de poder desempeñar el trascendentalísimo papel que les imponen las novísimas necesidades de la patria y de la religión, si pudieran hacer suya esta frase de Teresa de Jesús: «siempre fui amiga de letras» (2). ¡Sean amicísimas de las letras! La cultura habrá de ser la base de bronce de todas sus justas reivindicaciones sociales y familiares. Y eso aparte de que la cultura debe, por sí misma, como venero que es de riquísimos espirituales disfrutes, ser amada de la mujer. ¡Ah, que por eso la Santa, con suplicante modestia, como para que no se sobresaltasen los antifeministas de entonces —que serían un grano de anís... casi todos los hombres y casi todas las mujeres—, se atrevió a vindicarla para su sexo, escribiendo esta frase que, a guisa de blasón inmor-

(1) *Vida*, c. XV.

(2) *Vida*, c. V.

tal, debía esculpirse al frente de todos los centros docentes femeninos: «que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor» (1).

Y perdonadme, muy amadas compatriotas, que siempre que os hablo haya de salir, de una u otra manera, con apercebimientos y amonestaciones, inculcándoos la cultura, como si no lo hubiese ya hecho con harto ahinco en el libro que por vosotras y para vosotras escribí, bien poco tiempo ha. Es que yo estoy profundamente persuadido de que sólo por el camino de la cultura sólida, maciza y rezumante de espíritu cristiano, podréis llegar a la conquista de los legítimos derechos femeninos que empedernidamente os vienen regateando los Gobiernos, conquista sin la cual no ha de realizarse lo que debe ser vuestro ensueño de oro y rosa: el influir tan poderosamente en la regeneración de nuestra patria que la forcéis a dejar para siempre la ingloriosísima cuesta abajo por donde la ha empujado el anti-patriotismo liberalesco, y a enderezarse otra vez cumbre arriba, por donde la había enderezado la Santa Teresa del trono, Isabel la Católica, que fué quien la impulsó hacia aquellos magnos, inmortales días, cuando en nuestros dominios no se ponía nunca el sol...

(1) *Conceptos del amor de Dios.*

LA ESCULTORA DE ALMAS SANTAS (1)

Señoras y Señores: Lo impone el ambiente de gloria que se respira en nuestra patria todo este año, conmemorador de la canonización, tres veces centenaria, de Santa Teresa de Jesús, la mujer más honradora de la mujer que vieron los siglos, después, naturalmente, de la que, por sus peregrinas virtudes de todo linaje, mereció ser la Madre del Redentor del mundo. Institución substancialmente femenina, vuestra «Lucha contra la mortalidad infantil» no podía menos de sentirse anegar en la oleada de entusiasmo que está desbordando por toda España y haciendo que por doquier se rindan cálidos homenajes y se eleven himnos de admiración a la incomparable Virgen del Carmelo. Se imponía a todo trance que una de vuestras anuales conferencias se consagrara a panegirizarla, presentándola en alguno de sus aspectos divinos, glorificándola como se merece, y tanto más, cuanto que ya uno de vuestros insignes oradores del año pasado, el cultísimo Sr. Parpal y Marqués, os hizo saborear con inspiradas frases el feminismo de la Santa, todo él acendradísimamente cristiano y español.

Y he hablado de presentarla en alguno de sus aspectos

(1) Conferencia pronunciada en el palacio del Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona.

divinos, porque a Santa Teresa de Jesús no se la puede abarcar de ningún modo con un solo vistazo del espíritu. Es cual los cielos inmensa, y como los ojos corporales no pueden reflejar en su retina más que una parte mínima de los cielos, lo que forma en un instante determinado nuestro horizonte, así tampoco pueden los ojos del espíritu avistar en una sola mirada, por genial que fuese, todo el inmenso cielo de hermosura y perfección que constituye aquella divina mujer española.

¡Oh! Había de ser un orador de cuerpo entero, de inagotable facundia y de creadora inteligencia, que tuviese siempre los labios desatados cantando alabanzas y loores a Teresa de Jesús, y pienso que no agotaría jamás la fuente de inspiración que hace brotar esa mirífica mujer con sólo rememrarla la memoria y darle un vistazo el espíritu, imaginándola en los bellísimos papeles diversos que tan divinamente supo representar, durante el transcurso de su vivir. La mienta uno sencillamente, y, como por ensalmo, surge ante la imaginación ya la adolescéntula encantadora, ya la mujer españolísima, ya la monjaseráfica, ya la reformadora intrépida, ya la doctora, ya la escritora, ya la escultora de almas santas... y el corazón desborda de amorosos sentimientos hacia tan pasmosa mujer, y en la mente bullen mil ideas ansiosas de dar un atisbo de su hermosura, y en la fantasía hierven las imágenes pugnando unas con otras por romper a la luz y servirle de galas y de adornos, y a la lengua afluyen en tropel las palabras ávidas de deshacerse ante ella en inciensos y perfumes... Y todo es nonada para representar a Teresa de Jesús en su pleno arrebatador encanto; porque, para esto, no se ha menester derrochar fantasía en busca de ropajes vistosos que realcen su espiritual hermosura. No ha menester la Santa postizos realces: ellos serían algo así como pretender dorar el oro obrizo o nacarar la finísima perla. Para contemplar a Teresa de Jesús seductora y atrayentísima, no hay

más que presentarla como es, como ha sido, como ella se transparenta a sí misma en su vida y en sus obras. Se la estudia objetivamente en cualquiera de los aspectos, antes mentados, y todo es en ella poesía y embeleso.

Yo voy ha hablaros hoy de ella como escultora de grandes almas místicas, y sin detenerme nada en sus admirables dotes de pedagoga, con el estudio de las cuales se podría muy bien hacer un elocuente y jugoso discurso, que fuese un muy subido panegírico de la Santa. Porque Teresa de Jesús, como pedadoga, se adelantó muy mucho a sus días, y aun alcanzó a nuestro tiempo, en que desapareció el dómine de la férula, empeñado en que el alumno no fuese más que barro blando en las manos del alfarero, y surgió el pedagogo que substituye la violencia con la suavidad, y se esfuerza por que el alumno, como ser activo y libre que es, se esculpa a sí mismo, es claro que bajo la sabia dirección del maestro. Que esta orientación pedagógica seguía ya la Santa al propugnar que los medios persuasivos fuesen por delante de las imposiciones, que sólo debían subsistir como justas medidas de coercitivo rigor cuando la necesidad las requiriera.

El tema de mi conferencia se ha de circunscribir al arte de Teresa de Jesús como escultora de grandes almas místicas, arte que admirablemente nos reflejó en su verbo escrito, forzándonos por él a rastrear lo que sería el de su verbo hablado y por aquella su boca sembradora de gracias, y con aquella su dulzura ingeniosa y aquel su insinuante gesto de amantísima y expertísima madre.

¿Quién con mejores títulos para trazar el arte maravilloso de esculpir almas grandes y santas? Porque nadie, como ella, había sabido desvanecer la cantilena protestante de que la Iglesia católica había perdido el contacto con el genuino espíritu de Jesucristo. ¿Qué más rotundo y sonoro mentís a esa cantilena que el dado por nuestra Virgen castellana con aquel su sobrenatural vivir, todo él en

contacto intimísimo con Jesús, en quien era y se movía? Jamás ha habido sarmiento que viviese más unido con la vid divina en que se simbolizó a sí mismo Jesús. Jamás ha habido quien más que ella familiarizase con Dios en trato íntimo y de efusiva confianza, hasta osar recomendarle amistades que debía tener, como la de aquel ser escogido que ella anhelaba fuese amigo de entrambos (1). Está dicho todo con decir que alcanzaba de El cuanto de veras le pedía, como lo consigna la propia Santa en una de sus Relaciones espirituales: «Un día... estando yo a la noche alabando a nuestro Señor por tantas mercedes como me había hecho, me dijo: ¿qué me pides tú que no haya yo hecho, hija mía? (2).»

Para trazar, pues, el arte de esculpir almas santas, nadie más abonada que ella, que andaba de continuo perdidamente enamorada de Jesús —séame lícita la frase, pese a su mundano dejillo—, de quien aprendía tan alta ciencia mística, y de la que en las aulas no se puede aprender, porque, como ella dijo de perlas: «hay letras que no se alcanzan» (3). Que no por otra cosa señalan hasta ahora los escritos de Santa Teresa de Jesús los postreros confines de la ciencia mística; y aun no exagerara nada quien dijese que, desde ella acá, no había adelantado un paso, y aun ni siquiera se había podido añadir un nuevo hecho psicológico a los por ella registrados y anotados en la carta náutica, digámoslo así, de los bogamientos hacia Dios por los profundos piélagos del espíritu. Lo cual refuta una vez más la especie ilusoria de muchos antifeministas de que el camino de la unión con Dios es más andadero para los hombres que para las mujeres. O no han leído, o no han meditado estas palabras de la Santa: «Y hay mu-

(1) *Vida*, c. XXXIV.

(2) *Relación LIX*, pág. 82.

(3) *Cartas*, pág. 66.

chas más (mujeres) que hombres a quien el Señor hace estas mercedes y esto oí al santo Fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo), que decía que aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres» (1). ¡A qué ceguedades lleva el antifeminismo!

Pero vayamos entrando ya en el tema. En la tercera parte de su *Introducción a la Vida devota* nos dice San Francisco de Sales que San Bernardo, en su aurora de maestro de la vida espiritual, era sumamente rígido para con sus súbditos. Quería que a todo trance fuesen perfectos, y hasta por las más diminutas cosas les hacía reprensiones muy encarecidas. Y el Santo de Sales lo juzga virtud muy grande en el Abad de Claraval, pero virtud «que no dejaba de ser reprehensible», puesto que hacía desmayar a quienes, con unas migajas menos de desabrimiento y agrura, acaso hubieran seguido adelante en su vocación religiosa. Y añade que así se lo hizo comprender Dios al Santo Abad en cierta aparición, lenificándole el carácter y tornándole el espíritu más suave y dulce.

Y que ello debió de acaecer así, infiérese de hechos y dichos varios del excelso reformador de la Orden del Cister. Como aterrorizado por sus asperezas se saliese de su abadía cierto joven para trasladarse a la de Cluny, donde esperaba encontrar una vida menos áspera y cruda, San Bernardo se apresuró a escribirle, rogándole que volviese confesándosele arrepentido de haber estado con él «demasiado duro, demasiado severo, demasiado inhumano». «Mi celo ha sido indiscreto», añadía, asegurándole que le encontraría cambiado del todo: «en vez de un señor a quien teméis, encontraréis a un compañero» (2). Y sabidísimo es

(1) *Vida*, c. XL, pág. 363.

(2) *Epíst.* I, § 2.

que llegó a ser entrañable amador de sus súbditos: lo proclaman elocuentemente estas palabras, amasadas de ternura, que escribía a los padres de otro joven que ingresaba en Claraval: «tened confianza, consolaos, no lloréis no va hacia la tristeza, va hacia la alegría. Yo seré para él un padre, una madre, un hermano, una hermana» (1).

Santa Teresa no precisó ser amonestada por Dios respecto de este punto. Nuestro Fray Luis escribió de ella, refiriéndose al tiempo en que era simple monja en el convento de la Encarnación: «Eranle también como naturales muchas de las virtudes que servían para conservar la paz en común, y que en los monasterios para vadearse bien en ellos son de mucha importancia. No murmuraba de nadie ni consentía que delante de ella se murmurase, de todo sentía bien, y si conocía faltas, no las decía... Como guardaba, en cuanto era en sí, las honras de todas, ansi todas la preciaban y honraban» (2).

Y estas virtudes que de simple monja tenía las tuvo después, acrecidas y acendradas, cuando plugo a Dios que fuese priora y reformadora. Lo demostró ya muy sonoramente el hecho de que, al desempeñar el priorato del convento de la Encarnación, se supiese hacer querer tanto de sus súbditas, que hasta treinta de ellas concluyesen por seguirla luego a su amada Reforma, no obstante ser en aquel convento donde más se arreciaba en trampantojos contra ella, trampantojos que la Santa se daba maña para deshacer con un tacto y una diplomacia exquisitos.

Y es que Teresa de Jesús supo encarnar a maravilla el bello ideal del superior que traza mi gran P. San Agustín en estas cinco palabras de su Regla: *plus amari appetat quam timeri*, anhele más ser amado que temido. Cuán po-

(1) Epíst. 110.

(2) *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*. En la obra crítica del P. Silverio, tomo II, pág. 478.

cos superiores religiosos consiguen realizar tan a maravilla como nuestra Santa ese bello ideal, trazado por el Aguila de Hipona! Lejos de afanarse por tener contentos a sus súbditos, para que así beneficien y hagan fructificar ubérrimamente su inteligencia y su voluntad, aplicándolas con verdadero denuedo a la santificación propia y ajena, y a dar lustre y brillo al respectivo instituto, diríase que los querían traer intimidados e inquietos, a fuerza de ojorizas y desconfianzas, sin parar mientes en que así no es posible hacer las cosas con gusto y con alegría; y el gusto y la alegría son el alma de los estímulos que las llevan a la perfección. ¡Cuán al revés de cómo quería se gobernase la Santa, que suspiraba porque no hubiese nunca apreturas ni violencias por parte de los superiores, pues, como ella decía muy galanamente: «¡un alma apretada no puede servir bien a Dios!» ¡Meditarán los superiores con la debida honddura aquellas sabias palabras de Teresa de Jesús en carta al P. Gracián: «crea que una monja descontenta, yo la temo más que a muchos demonios!» (1).

Ni violencias ni apreturas quería la Santa por parte de los superiores. Humanísima como era, no había de haber demasiadas rigideces en sus conventos, y anhelaba que los alegrasen recreaciones y regocijos, sabiendo, tocante a este particular, defender estrenuamente los fueros de sus monjitas. Piénsese en aquel visitador ceñudo que les trató de suprimir el recreo los días en que comulgaban. ¡Con qué donosura escribía ella al P. Gracián, censurando al tal visitador! Las Carmelitas reformadas comulgaban siempre que se les decía misa. Y si se les dijese a diario, ¿iban a estar privadas para siempre de recreos? ¡Como si lo estuviesen los sacerdotes!...

Era mortificadísima y deseaba que lo fuesen también sus monjas, pero siempre que las mortificaciones no cedie-

(1) *Cartas*, pág. 382.

sen en menoscabo de la salud y aun de la conveniente alegría para sobrellevar con gusto las naturales privaciones del claustro. Quería que sus hijas fuesen mujeres viriles y recias que no se angustiasen por livianos padecimientos: «flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas», les decía (1). Pero cuando estaban enfermas de verdad, ¡oh su solícito afán porque se cuidasen y aun regalasen! Así escribía a la Priora y religiosas carmelitas descalzas de la Santísima Trinidad de Soria: «De que la Madre Superiora esté mejor, me he holgado mucho. Si hubiese menester siempre carne, poco importa que la coma, aunque sea en Cuaresma; que no se va contra la Regla, cuando hay necesidad, ni en esto aprietan». Y para que en tales cosas no se anduviesen con escrúpulos, muy propios de apocados espíritus, ella misma les daba desapocador ejemplo, cuidándose cuando lo había menester. Oigase cómo escribía cierta vez al P. Gracián: «¡Oh qué bien me va con el confesor, que para que haga alguna penitencia, hace que coma cada día más de lo que suelo, y me regale!» (2).

No se vaya a creer que la Santa, por este su espíritu humanísimo fuese tolerante en demasía y no velase por el exacto cumplimiento de los claustrales deberes. Ella cumplía muy bien, siendo superiora—y procuraba que la cumpliesen todos los superiores de sus conventos—, la recta conducta que encierran estas palabras, escritas en carta al P. Gracián: «al perlado le conviene grandísimamente haberse de tal manera con los súbditos, que, aunque, por una parte, sea afable y les muestre amor, por otra, dé a entender que, en las cosas sustanciales, ha de ser riguroso y por ninguna manera blandear». Reprendiérase cuando hubiese algo que reprender, pero observando esta su sabia máxima: «Nunca, siendo Superior, reprenda a nadie con ira,

(1) *Camino de Perfección*, c. XI, pág. 55.

(2) *Ibidem*, 227.

sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprehensión» (1). Y por temperamento tendía a ser magnánima en el perdón y el olvido, porque sentía que el olvido y el perdón hacen al superior aparecer mucho más superior ante sus súbditos.

No la embriagaba a ella «el falso vino del mandar», de que habla el Maestro Juan de Avila, y que embriaga a tantos superiores que, al infligir una corrección, lo hacen siempre alardeando de autoritarismo sublevador e irritante. Ella que, si no el verso del sentencioso poeta del Lacio: *omnes aequo animo parent, digni ubi imperant*, conocía a colmo su sustancia doctrinal, es a saber, que cuando los superiores son dignos, son los súbditos de muy buen grado obedientes, manteníase siempre dignísima, y cuando había de corregir, lo hacía siempre con exquisita prudencia, sin el más leve atisbo despótico, y sólo haciendo ver las exigencias de la ofendida justicia, que tiende siempre a ser reparada. Véase la lindísima manera de corregir a una monja cuyo comportamiento debía de ser deficiente en alguna cosilla: «no sé qué es la causa que con cuantos disgustos me da vuestra reverencia, no puedo sino quererla mucho: luego se me pasa todo» (2). ¡Cómo no había de encantarlas a todas, tratando con tan piadosa blandura aun a las que tenían algún ribete de discolas!... Y culpaba al amor grande que les tenía de verse obligada, a veces, a hacerles alguna advertencia: «Es el mal que, mientras más amo, menos puedo sufrir ninguna falta», le dice a la misma monja. De suerte que las por ella reprendidas, tenían que holgarse de sentirse por ella amadas. ¡Oh, codiciadísimas reprobaciones!...

Había faltas con las cuales quería se fuese inexora-

(1) Aviso 58 a sus monjas.

(2) Carta a María de San José, escrita en Malagón a 10 de febrero de 1580.

ble: con las tendentes a revolver e inquietar la santa paz que debe reinar en los conventos. Porque no se vaya a creer que los claustros sean absolutos remansos de paz, inaccesibles a las inquietudes y a las revueltas. A nosotros, los religiosos, nos puede harto fácilmente acaecer lo que les acaece a los nautas, que, por huir y guardarse de la ruda tormenta que arrecia en alta mar, logran guardarse al socaire de un puerto: la seguridad no es absoluta; pues el oleaje alborotado de afuera lleva su perturbador empuje hasta dentro del puerto mismo, donde los navíos pueden unos con otros chocar y hasta irse al fondo.

¿El alborotado oleaje que puede perturbar la santa paz de los claustros? Los chismes, las murmuraciones, los orgullos, las pasioncillas de bandería, contra todo lo cual recomendaba Teresa de Jesús que se estuviese siempre muy en guardia en sus conventos. ¡Nada de rencillas y bandillos entre sus monjas, porque ello equivaldría a echar de la propia casa al divino Esposo! Toda la fuerza de sus maternales encarecimientos le parecía escasa para apereibir a sus hijas contra tales miserias. Oigasela un instante: «en cualquiera de estas cosas que dure, u bandillos, u deseo de ser más, u puntito de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monesterios), cuando esto hubiese, dense por perdidas» (1).

Y para evitar todos esos males entre sus monjas, ella, que con tan maternal dilección las amaba y que para ellas, singularísimamente, escribía cuanto dejó escrito, las conjura y las amonesta que estén muy alerta de sí mismas, inquietas y temerosas, «porque el natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotras muy su-

(1) *Camino de perfección*, c. VII, pág. 43.

til» (1). Conocedora intuitiva del relajamiento espiritual que suele traer consigo el celo exagerado, las exhorta a no dejarse llevar nunca de ese exagerado celo, pues a la monja que tal hiciese, podría avenirle «que cualquier faltica de las hermanas le pareciese una gran quiebra», y diese en andar como a escucha gallo, husmeando si faltan, para irse a la priora con el cuento, sin advertir que lo que, con tales enredos, el demonio pretende, «es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño», pues «la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo». Y de ahí los ardorosos encarecimientos que les hacía para que se amasen mutuamente, sabiéndose tolerar las pequeñeces del vivir; «porque de andar mirando en las otras unas naderías..., puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras» (2).

¡Y cómo las estimula a la humildad, no cansándose de ensalzarles su poderío sobre Dios, diciéndoles que esa virtud «le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas!» (3) Con las ponderaciones de la Santa a la humildad podríase muy bien tejer un vibrante panegírico de esa hermosa virtud: «mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad», les decía (4), en una parte, y en otra: «humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto dél queremos» (5).

¡Y cómo las mueve a no dejarse caer en los ensoberbecedores ardidés del demonio que, por persuadir las de que tienen esta o aquella virtud, «dará mil vueltas al infier-

(1) *Libro de las Fundaciones*, pág. 28.

(2) *Moradas primeras*, c. II.

(3) *Camino de perfección*, c. XVI, pág. 74.

(4) *Moradas primeras*, c. II.

(5) *Moradas cuartas*, c. II.

no»! (1) ¡Y cómo las azuza a matar en sí el infatuador amor propio! Hasta de la más chispeante ironía se sirve para ello: «Yo gusto algunas veces— dice— de ver unas almas que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después, una falta pequeña encubrirían, si pudiesen, o que si no la han hecho y se la cargan, ¡Dios nos libre!» (2). Todo le parecía poco para enamorarlas de la humildad: «Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas, que por mucho que parezca que nos humillamos, quedamos bien cortas para ser hijas de tal Madre». (3)

Y con el ahinco fervoroso con que les predicaba humildad, a sus hijas, les predicaba las tres virtudes que constituyen los votos de la vida religiosa: pobreza, obediencia y castidad. La pobreza la enardecía de suerte que más de una vez hubieron de aconsejarla los grandes letrados que piloteaban su espíritu que amainara un tanto en ella, por imposición de las exigencias del vivir. ¡Oh, el entusiasmo con que les pondera a sus monjas «la honraza» que trae consigo la pobreza religiosa, «tomada por solo Dios», y que «no ha menester contentar a nadie sino a El» (4). «Más contento tengo cuando todo nos falta, que cuando algo nos sobra», solía decirles. Los apuros y las escaseces la llenaban de encanto. Mas eso sí: la pobreza había de relucir limpia por todas partes. Fuesen pobres sus conventos, pero que la limpieza brillase en ellos atractiva y hermosa. «Por amor de Dios —recomendaba en una carta al bondadísimo P. Gracián— procure vuestra pater-

(1) *Moradas quintas*, c. III.

(2) *Ibidem*.

(3) *Camino de Perfección*, c. XIII.

(4) *Ibidem*. c. II, pág. 15.

nidad haya limpieza en camas y pañuelos de mesa, aunque más se gaste, que es cosa terrible no la haber». ¡Qué verdad es que la limpieza es una virtud católica!...

Y los propios entusiasmos, y aún mayores, tenía por la obediencia, que viene a ser como el nervio de la vida claustral. Son innúmeros los encomios que hace de ella por las páginas de sus obras. Y nada extraño porque llegó a realizar verdaderos milagros en ella la obediencia, uno de los cuales fué la epopeya de su Reforma carmelitana, y otro la maravilla de sus libros. En la introducción que puso al de las *Fundaciones* nos cuenta cómo imaginándose «para tan poco» y pareciéndole «no poder sufrir el trabajo», oyó que le dijo el Señor: «Hija, la obediencia da fuerzas». Y sensibilísimamente palpó, a lo largo de su vida, la exactitud de esa divina frase y de aquella otra suya en el prólogo de su *Castillo Interior*: «la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles». ¡Y tanto! Como que le allanó a ella el martirio de los martirios, y por eso la podemos muy bien decir mártir de la obediencia, pues se llegó a dar en ella la paradoja de desobedecer al mismo Dios por obedecer a los representantes de Dios.

Recuérdese el calvario que la obediencia la hacía sufrir, cuando los confesores, temiendo que, en el vivir tan sobrenatural de la Santa, se ingiriese el Angel de las tinieblas, la ponían en aprietos como los de tener que resistir a los regalos y a las hablas de Dios: aquel huir del oratorio por substraerse a los arrobamientos en que su Amado la sumía, y aquel perseguirla el Amado arrebatándola en plena conversación con sus monjas. ¡Qué titánicas luchas le imponía la obediencia! Cuánto sufriría, lo hacen barruntar estas palabras de Fray Luis de León: «a términos vino que, faltándole ya las fuerzas un día y deshaciéndose en lloro, estuvo casi cinco horas sola y revolviendo en su alma mil

miedos sin hallar en ninguna cosa consuelo» (1). Tener que fugarse de Jesús ella que se moría de amor por Jesús, y que de continuo estaba sintiendo la vivísima nostalgia de aquellas palabras de la Esposa de los Cantares: «Hijas de Jerusalén, yo os conjuro que si encontrareis al Amado de mi alma, le digáis que desfallezco de amor!» ¡Oh, obediencia muy más heroica que la de Abrahán, pues a éste se le mandaba que renunciase a su hijo y a Teresa se le imponía que renunciase al mismo Dios!

Y los mismos entusiasmos que por la pobreza y la obediencia, desplegaba por la castidad. Ella, tan sabedora de que las oraciones, para ser gratas a Dios, han de brotar de la pureza del alma, pues sólo así serán puras, «ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroyos que salen della» (2), ansiaba que la pureza reinase en sus claustros para que por ellos anduviese contento Jesús, que sólo gusta de andar entre azucenas y lirios. Y de ahí que les diese tan hermoso ejemplo a sus monjas, manteniéndose siempre purísima. Porque la gráfica frase de San Jerónimo —*nescia carnis*— dábase en Teresa de superiorísimo modo. Nos lo certifica la propia Santa con lucentísimo decir, hablando de sí misma en tercera persona, al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús: «Jamás con cosa de su espíritu tuvo cosa que no fuese limpia y casta; ni se parece (si es buen espíritu y tiene cosas sobrenaturales) se podría tener; porque queda todo descuidado de su cuerpo, ni hay memoria dél» (3). ¡Qué mejor ignorar la carne que el no sentirla ni haber de ella memoria!

¡Oh, su allamarado amor a la pureza! No veía nunca suficientemente llorados sus pasados pecadillos, que no eran nada, y fué necesario, para tornarla tranquila, que Dios la

(1) *De la vida*, etc. Tomo II, pág. 484.

(2) *Primeras moradas*, c. II.

(3) *Cartas*, pág. 65

hiciese aparecer a sus divinos ojos encantadora de pureza, llegando a vestirle un día «una ropa de mucha blancura y claridad», y no por ministerio de ángeles, sino por manos de la purísima Virgen y de San José: «vi a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi Padre San Josef a el izquierdo, que me vestían aquella ropa», y ponían a la garganta «un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor». Y qué ropa y oro serían lo insinúa ella, cuando dice que, en comparación de su hermosura, «parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir». (1) Y todo ello simbolizaba la albura de azucena con que aparecía a los ojos de Dios, limpia ya de todas las culpecillas que tanto la hacían penar.

Maestra atinadísima de la vida del espíritu, Teresa ha abierto, con sus enseñanzas ascéticas y místicas, luminosísimos atajos hacia la cumbre de la virtud; pero donde más sobresale como maestra santificadora de clarividencias celestes es en sus inspiradísimas instrucciones acerca del orar, con las cuales, discretamente espigadas y entrelazadas, podría formarse el más bello y profundo tratado de oración y meditación. Su alma, frondoso huerto de flores de virtudes, por entre las cuales se lisonjeaba de explicarse Jesús, quizás no hablaba nunca tan por experiencia como cuando acerca de oración y contemplación hablaba.

La primera cualidad que para la Santa había de tener la oración (2), era el que fuese consciente y atenta. Y por eso, al decirnos que la puerta para entrar en el «hermoso

(1) *Vida*, c. XXXIII, pág. 281.

(2) No hay para qué exponer aquí los cuatro modos de oración de que habla la Santa y que simboliza en las cuatro maneras de regar un huerto: u con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; u con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo lo he sacado algunas veces), es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; u de un río u arroyo; esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra, y no se ha menester regar tan amenudo

y deleitoso castillo» es la oración, añade: «no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quién habla, y lo que habla, y quién es quien pide, y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios» (1). Y ahora aprendan esas rezadoras que ponen todo su ahinco en endilgar maquinalmente rezos tras rezos. ¡Oh, qué sabrosas palabras dice la Santa a propósito de las muy parleras en el rezar! No es Dios «amigo de que nos quebreemos las cabezas hablándole mucho» (2). Sus monjas no habían de ser «amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa» (3). ¡Qué bien harían en leer y rumiar estas cosas de la Santa ciertas mujeres que, ya en el comulgatorio, a punto de darles el sacerdote la sagrada Hostia, y casi tocándoles ya con ella los labios, todavía los están moviendo en vertiginosa parla! En el instante de solo sentir y adorar muy calladamente ¡y soltando aun la tarabilla, si quiera sea para dar fin a algún rezol...

Otra de las cualidades de la oración es que no se busquen gustos ni mimos de Dios en ella. Nunca quería la Santa que se anduviese tras esos mimos y gustos: «hay personas que por justicia parece que quieren pedir a Dios regalos. ¡Donosa manera de humildad!» (4). Nada de desalarse por tales disfrutes místicos: «¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí..., lo demás, como cosa acesoria, si

y es a menos trabajo mucho del hortolano; u con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho». *Vida*, c. XI, pág. 78.

(1) *Moradas primeras*, c. I.

(2) *Camino de perfección*, c. 29, pág. 137.

(3) *Ibidem*, c. 31, pág. 149.

(4) *Camino de Perfección*, pág. 85.

os lo diere el Señor dadle muchas gracias» (1). Ni rezaba con ella, ni quería rezase con sus hijas aquello de «somos amigos de contentos, más que de cruz» (2). Ella jamás buscaba regalos en la oración (3), al revés, los rehuía: «Conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir, por sólo servir a Jesucristo crucificado, que no sólo no le piden gustos, ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida» (4).

No le bastaba prevenir a sus monjas contra el afán de golosinas en la oración, por medio de fervorosos concienzudos avisos, y, a veces, su exquisita vena irónica destilaba un humorismo delicioso con sus dejos de sátira saladísimas... Diríase que se la siente sonreírse chisteante y gracedadora, al hablar de ciertas mujeres que, acaso por penitencias y vigiliass enflaquecieron más su ya flaca compleción, y que se ponen a orar y disfrutan algún interior gustillo «y déjense embabecer... y en su seso les parece arrobamamiento; y llámolo yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud» (5).

La Santa les predicaba a sus hijas que lo esencial de la oración era amar mucho, lo cual «no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica» (6).

(1) *Moradas segundas*, capítulo único.

(2) *Moradas terceras*, c. II.

(3) *Moradas cuartass*, c. II.

(4) «Sola una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido a pedir». *Vida*, c. IX, págs. 66 y 67.

(5) *Moradas cuartass*, c. III.

(6) *Ibidem*, c. I.

Y para que en esa altísima y amorosa oración perseverasen y no desmayasen nunca, ¡qué bellas y consoladoras cosas les enseñaba! No fuesen a creer que, por tener distracciones cuando oran, y andarles de acá para allá la fantasía, «va todo perdido» (1). No: con distracciones y todo la oración puede ser agradabilísima a Dios. Lo sabía por luengas experiencias. Se había inquietado harto por no poder reprimir el pensamiento, hasta que —insigne filósofa a pesar de no haber estudiado filosofía— dió con la distinción real de los escolásticos entre el entendimiento y el pensamiento. Hacíasele «recia cosa» que el entendimiento estuviese «tan tortolito a veces», y raciocinó y filosofó hasta que cayó en la cuenta de que no era el entendimiento, sino el pensamiento, «que solo Dios puede atarle». «Yo vía a mi parecer las potencias del alma empleadas en Dios, y estar recogidas con El, y por otra parte el pensamiento alborotado traíame tonta» (2). Mas, después, viendo clarísimamente que podía el alma estar muy junta con Dios en las moradas a El muy cercanas, aunque el pensamiento anduviese divagando por «el arrabal del castillo», dejó de turbarse y cerró su espíritu a todo desmayo y a toda desgana de la oración, ansiando que en ello la imitasen sus monjas: «y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, la miseria que nos quedó por pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia, y suframos por amor de Dios» (3). Nada de intranquilizarse por esas distracciones involuntarias que nos perseguirán siem-

(1) *Moradas cuartas*, c. III.

Ya al hablar la Santa en su *Vida* del primer modo de oración de los cuatro a que me he referido en nota anterior, dice: «importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento de los pensamientos, naide se apriete ni aflija». *Vida*, c. XI, pág. 88.

(2) *Ibidem*, c. I.

(3) *Ibidem*.

pre, porque hasta en las mismas *Moradas cuartas* se deslizan, como «lagartijillas» agudas, pensamientillos que proceden de la imaginación. ¡Oh, qué consolador es todo esto para nuestro espíritu imperfectísimo, que tan a menudo se distrae, en cuanto se pone a orar, y que, por esas distracciones, languidece y se abate y deja la oración, que es lo que pretende el común enemigo de nuestras almas!...

Cuando las distracciones, por agudas lagartijillas que sean, ya no pueden perturbar al espíritu, es desde que transpone el umbral de las *Moradas quintas*, bien que en ellas sólo es dado introducirse a muy selectas almas. No es que en ellas todo sea goce y disfrute, y no se tenga ya nada que sufrir: el sufrir no se acaba nunca por esos encumbrados caminos que llevan a Dios. Lo asegura esta gran andadora de todos ellos: «En fin, en fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos» (1). Lo que hay es que ya, por esas altísimas moradas, el sufrir da paz y contento y júbilo. ¡Y eso que es un sufrir por la gloria de Dios y por la salvación de nuestros prójimos «que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella y aun a veces sin quererlo!» (2).

Se ha menester todo para acendrar y acrisolar el alma dichosa que entra en las *Moradas sextas*, y para prepararla a los llamamientos súbitos de Dios que con ella se ha de unir en matrimonio espiritual. ¡Oh, que le resta aun mucho que padecer, siquiera sea muy regalado y exquisito, por las alturas de las *Sextas moradas*! Porque ha de sentirse herida hasta quejarse «con palabras de amor aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no

(1) *Moradas quintas*, c. II.

(2) *Moradas sextas*, c. II.

querría jamás: mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud» (1). Y por eso Teresa hace muy bien en sugerir a sus monjas que no es para todos el avanzar por esas moradas adentro, pues preciso es fortísimo ánimo para sufrir; «y que terná razón el Señor, cuando le pidiéredes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos de Zebedeo: si podrían beber el cáliz» (2).

Claro está que todas sus hijas afirmarían que sí y entrarían en las *Moradas séptimas*, donde ya Dios confía a las almas su propia divina honra, haciéndose El cargo de la de sus amadas, y donde la Santa, siquiera nos haya traslucido los beatíficos enamoramientos y las celestiales delicias de que allí se goza, es lástima no haya dejado correr libremente la pluma. Se le impuso su profundísima humildad. Colígese bien a las claras de estas sus frases: «He estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada, porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por experiencia y háceme grandísima vergüenza; porque conociéndome la que soy, es terrible cosa» (3). ¿Qué importaba, Santa mía, que tal hubiéramos pensado, como tal pensamos todos los que adivinamos las empíreas alturas por donde tu espíritu de serafín andaba volando siempre, mientras viviste esta vida mortal, que en tí parecía ya inmortal, como la misma que estás viviendo ahora?

Aunque ya, al través de mis tenues pinceladas, esbozándoos el gran arte de cincelar almas santas, ideado y practicado por Teresa de Jesús, habréis advertido muy bien que toda la fuerza santificadora de ese arte divino está siempre en las obras, en las muchas y buenas obras,

(1) *Moradas sextas*, c. II.

(2) *Ibidem*.

(3) *Moradas séptimas*, c. IV.

no quiero dejar de insistir un instante en este particular, que es para la Santa como la piedra de toque de su escultórico arte santificador. Muy conocedora de la inequívoca regla de crítica fundamental que les había dado el Señor a los Apóstoles: «por sus frutos los conoceréis» —y para que diesen frutos los había elegido a ellos, *elegi vos ut fructus afferatis*—quería que sus hijas estuviesen dando siempre ubérrima cosecha de frutos de buenas obras. Ella sabía muy bien que sin frutos de buenas obras es imposible agradar a Dios. ¿Qué digo agradecerle? La única maldición — por lo menos yo no recuerdo otra en este momento— fulminada por Jesús en esta vida, fué la que fulminó contra aquella higuera que aparecía tan frondosa y no rendía fruto alguno. Iba de Betania a Jerusalén con algunos de sus discípulos. La frondosidad de la higuera los llevó hacia sí, ansiosos de comer de su fruto y calmar el hambre que padecían, y, al no encontrar más que las amplias verdes hojas, Jesús la maldijo por infecunda, y comenzó a enmustiarse en seguida, y, al día siguiente, se maravillaba San Pedro de contemplarla seca hasta la raíz. La lección es elocuentísima: Dios no se paga de apariencias de hojas, sino de realidades de frutos...

Son precisamente los frutos de buenas obras los que manifiestan la gimnasia del espíritu en el orden sobrenatural sin la cual el alma se entumece y enferma, igual que, por falta de ejercicio, se entumescen y enferman nuestros músculos; igual que por falta de actividad intelectual, languidecen y aun se extinguen los más hermosos talentos.

Todo esto era sabidísimo de Teresa de Jesús, y por eso no ceja nunca en inculcárselo a sus hijas, porque sin las obras no vale nada la fe, y es vana toda esperanza del cielo, que no sería esperanza, sino presunción estúpida; pues la esperanza es flor que brota, fragante, de la caridad y la caridad no es más que hábito de buenas obras. ¡Oh las mil sugestivas maneras de inculcar a sus hijas el ince-

sante caritativo obrar! ¡Hasta con su picante humorismo las espolea a veces, como cuando nos pinta a ciertas almas que se endevotan mucho en la oración, no osando «bullir ni menear el pensamiento», imaginándose no haber lazo más estrecho de unión con Dios que aquel silencioso encapotado orar! «Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves una enferma a quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas della, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuera menester lo ayunes porque ella coma..., y que si vieres loar mucho una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti». Y cuando esto falte, aunque haya «alguna suspensioncilla en la oración de quietud..., creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo» (1).

Pero como mejor las espoleaba a rendir copiosamente frutos de buenas obras, era con su maravilloso ejemplo, con aquella su activísima vida, sobre todo, desde que se lanzó a su ardua empresa reformadora. Verdad que aquella activísima vida no se puede explicar sin acudir a los soberanos alientos que, de continuo, recibía de Jesús. Sin esa constante divina ayuda es imposible aquella febril actividad: orando siempre, escribiendo a menudo, corriendo a cada instante, de un lado para otro, a fundar o visitar conventos, y siempre tan en guardia contra las asechanzas del demonio y contra los armadijos de los hombres. No se puede abrigar la más leve duda: fulgía, plena, la gracia de lo alto en la maña mirífica que se daba nuestra doncella seráfica para armonizar aquel su absorbente sobrenaturalismo, tan incesante y tan intenso, con aquel su asiduo obrar grandes cosas, y siempre asistida de la más exquisita discreción y del más fino sentido práctico. ¡Lo cabalmente que se comprobó en nuestra Virgen castellana el

(1) *Moradas quintas*, c. III.

axioma teológico de que la gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza: *gratia non destruit, sed perficit naturam!*...

¡Ah, que ardía mucho amor a Dios y al prójimo en su pecho, y —lo dijo ella muy bien— «el amor jamás se está ocioso» (1) y no puede encerrarse, callado, en lo íntimo del alma, o manifestarse sólo en vana palabrería, sino que por fuerza ha de irradiar al exterior en haces de buenas obras! Y aquí no puedo menos de hacer una ligera alusión a ciertos católicos de nuestro tiempo, que blasonan de muy amantes de la religión de la Cruz, y dicen que quisieran verla informando el espíritu de todos los pueblos del mundo, de guisa que fuese realidad viviente el reinado social de Jesucristo en la tierra, y que, a la vez, rehusan los informes a ellos, haciendo cuenta que les basta aquel su amorío romántico, sin practicarla en lo más mínimo, ni dar fruto alguno de buenas obras. Sepan, como cosa segurísima, que, por muy bellas que sean las protestas de religión que hagan nuestros labios, nada valen si no van acompañadas de ejercicio de virtudes. Viven muy equivocados los cristianos meramente especulativos si se imaginan aceptos a Dios. A Dios hay que darle la lengua, pero después de haberle dado el alma. Y los cristianos meramente especulativos sólo le dan a Dios la lengua, dejando el alma para Satán...

Y ahora, hecho este palidísimo esbozo del divino arte de Teresa de Jesús como cinceladora de almas santas, vendría mejor que bien, si no pecase ya de harto larga esta conferencia, el dedicar algunas frases de cariño a los vergeles de virtud que vinieron a constituir el nuevo florecientísimo Carmelo, ¡Oh, la santidad embalsamadora de aquellos cenobios, verdaderos oasis de paz, pobres y riquísimos, porque, no teniendo nada, de todo estaban sobra-

(1) *Moradas quintas*, c. IV.

dos, pues andaba por ellos Jesús! ¡Jardines enflorados y aromosos que enajenaban al Altísimo, y aun le enajenan, porque en los claustros teresianos aun perduran los santificantes fervores de los días de la reformatión. Nos lo garantiza bella y humildemente el ilustre P. Silverio: «digámoslo con la frente en el polvo, porque a Dios se debe tanta dicha: la Orden del Carmen no se ha corrido en un ápice de lo preceptuado por su inspirada Reformadora» (1).

Cada uno de esos monasterios es un panegírico viviente de Teresa de Jesús, y muy especialmente cada uno de los monasterios femeninos, que siguen siendo lo que eran cuando ella vivía y garantizaba que en todas sus casas eran muy frecuentes los dones y regalos sobrenaturales, y lo que eran luego, cuando el buen olor de Cristo no cabía en sus ámbitos, y trascendía afuera, y era respirado por muchas doncellas nobilísimas que se sentían como cautivadas por aquel santo perfume embriagador, y corrían a recluirse en ellos, y no solamente en España, sino también en Francia, donde volaban a ser hijas de Teresa las hijas de los reyes, y en Inglaterra, donde se gloriaban de vestir el hábito del Carmen las hijas de los Duques de Norfolk...

Sí, para los claustros carmelitanos femeninos no se amenguan las vocaciones, y aun entre las gentes más enmolledas del siglo abundan las vírgenes que dejan, gustosas, su placentera y mimosa vida para encerrarse en ellos a practicar, sin interrupción, la penitencia y la virtud. ¡La gallardía con que vuelan al cobijo del claustro para inmortalarse — benditas hostias virginales — por los pecados del mundo! ¡Y siempre alegres, con aquella alegría que tanto recomendaba la Santa, y que es algo característico de sus hijas, como si vivieran perfectamente ajenas a los cilicios y a las maceraciones de la carne, a las largas vigiliass y a

(1) *Vida.*—*Preliminares*, pág. 19.

las dilatadas horas de contemplación! ¡Lo que se recreará la santa Madre, al tender la mirada por sus claustros y ver que prosiguen con el mismo anhelo de santificación que cuando ella los visitaba! ¡Benditos claustros, encanto y alegría de la gloria, ornamento y gala de la Iglesia, para rayos místicos de la sociedad! ¡La miel riquísima de virtud que las vírgenes carmelitanas, como abejas afanosas, fabrican incesantemente en esas espirituales colmenas del Carmelo, y los dulces saboreamientos que disfrutará, al catarla, el divino colmenero Jesús, y las sonrisas de piedad que, por tanto bien, brindará a la tierra, desenojado de tantos pecados como contra El perpetran los hombres! ¡Que nunca desaparezcan, para bien del humano linaje, esas angelizadas fabricadoras de exquisitas mieles con que se desenoja y aun se embriaga Jesús!

No quiero concluir sin rechazar, siquiera sea con palabras muy breves, cierto concepto caprichoso de algún escritor contemporáneo. Se ha osado decir que a Santa Teresa, si hubiese nacido en nuestros días, y, en vez de mujer, hubiese nacido varón, no habría que buscarla en los claustros del Carmelo, sino en los de la Compañía de Jesús.

Yo, la verdad —y no la haya por enojo ninguna corporación religiosa—, no concibo a Santa Teresa más que siendo carmelita descalza. La gran Reformadora de la Orden de la Madre de Dios anduvo siempre suspirando por almas contemplativas que, desde la celda y el coro, ejerciesen eficacísima influencia social, por medio de su prianza con el Altísimo.

Y como si este argumento fuese aún de escasa fuerza, añádase que uno de los sagrados fines de la Santa era el que sus hijos prodigasen su apostolado por los pueblos humildes. Diríase que preveía el hecho de que otras corporaciones religiosas habían de elegir con preferencia las populosas ciudades para centros de sus propagandas. Y ella ansiaba que se apostolizase también por los lugares y

las aldeas, de donde el encanto que sintió con su primera fundación masculina de Duruelo, al enterarse de los espirituales bienes que hacían por aquellos contornos sus pobres sufriendísimos hijos, no ya sólo con el verbo de su sabiduría mística y ascética, sino también con la acción maravillosa de la virtud y del buen ejemplo.

No se puede negar que este fin explicitísimo de la Santa desvanece los sentires caprichosos de los que, hipotéticamente, por supuesto, ansiaran vestirle la sotana jesuítica. Lo cual no quiere decir que los hijos de Teresa de Jesús, aun siendo como los quería la Santa, religiosos humildes, ascetas, llenos de celo apostólico, amantes de aldeas y pueblecillos, no hayan de poder ir desenvolviendo su gloriosísimo Instituto en consonancia con las venideras exigencias sociales, a imitación de la Iglesia misma, que sabe muy bien que sus esencias cristianas encierran virtud admirable para venir de perlas a todos los tiempos.

Así que huelguen fantasías caprichosas e hipótesis lisonjeras de que Teresa de Jesús, a haber nacido hombre y en nuestro tiempo, hubiese sido esto o lo otro. A la virgen abulense ni se le pueden vestir pantalones, ni se la puede desencuadrar de aquella "centuria místico-caballeresca de sarmentosos frailes, de teólogos universitarios, de conquistadores hazañosos y de paladines invictos, que rezan a una los mismos cálidos rezos y bendicen a la Santa Inquisición, y que, de jóvenes, marchan —aventureros de la espada o de la cruz— en pos de proezas ciclópeas que exalten a España y a la Iglesia, y que de viejos, los unos cargados de méritos y virtudes, y los otros de títulos y maestrazgos, se entregan a la contemplación y al ascetismo, y se espiritualizan, y se alargan y estrechan los rostros para servir de modelos al Greco...

Era la hora de la apoteosis de la raza que acababa de completar el mapa terrestre, descubriendo las Indias y trazando el itinerario de la primera vuelta al mundo; y

que sumía en estupefacción al orbe con las portentosas gestas de sus adalides; y limpiaba las aguas mediterráneas de Dragutes y de Barbarrojas, y esplendoraba con fulguraciones de sabiduría el Concilio de Trento; y alzaba el esplendoroso alcázar de su teología inconvencible contra los embates de la Reforma; y construía, como viviente romancero de piedra, perpetuador de tanta hazaña, la octava maravilla del Escorial...

Y para poner el visto bueno de Dios a tantas magnificencias, tenía que sonreírnos el cielo con una sonrisa divina, hecha carne de gloria, y esa sonrisa divina fué la Doncella de Avila con aquellos sus arrebatados enamoramientos místicos, que obligaban a descender de las alturas empíreas al mismo Hacedor supremo para deleitarse visiblemente con los amorosos requiebros de aquella sunamita, la perenne difundidora de delicias y agrados; la divina andariega de aventuras ultraquijotiles; la golondrina fabricadora de nidos de divino amor; el prototipo de nuestras próceres mujeres excelsas; el símbolo viviente de todas las virtudes femeninas españolas: Teresa de Jesús, Carmelita descalza...



INDICE

	<u>Páginas.</u>
I. La cultura de la mujer en el hogar	3
II. Santa Teresa: La mujer y la Santa.....	31
III. La escultora de almas santas.....	61



Obras del autor.

Memorias del cautiverio: un tomo. (Agotado.)

El tiro por la culata (cartas a un gobernador de dos ínsulas); folleto. (Agotado.)

Flores de un día (poesías), un tomo. Segunda edición.—4 pesetas.

La objeción contemporánea contra la Cruz. (Desde el campo de la vida).—5 pesetas.

Hacia una España genuina: un tomo (agotado).—4 pesetas.

En el VII Centenario de la Orden de Predicadores. 1 peseta.

Religión y patriotismo (segunda edición): un tomo (agotado).—5 pesetas.

Semblanza del primer superhombre o Nietzsche y el nietzschismo.—6 pesetas.

Si no hubiera cielo... (tercera edición).—3 pesetas.

El Libro de la Mujer Española.—*Hacia un feminismo cuasi dogmático*.—8 pesetas.

De paso por las Bellas Letras (Críticas y critiquillas).—Dos tomos: 14 pesetas.

Lo que nos ha de traer la pacificación de España.—50 céntimos.

Matrimonio, Amor libre y Divorcio.—1 peseta.

En pro del reflorecimiento misional español: El Sacerdote español y las Vocaciones de Misioneros.—1 peseta.

Santa Teresa de Jesús: (La Doctora y la Escritora). 1 peseta.

Conferencias feministas: pronunciadas en la Universidad y en el Fomento del Trabajo de Barcelona.—2,50 pesetas.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	1901	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	126	Precio de adquisición. »
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»

7

CONFERENCE

1901.

CONFERENCE

CONFERENCE
MEMORIALS

CONFERENCE

MEMI-
NISTAS

CONFERENCE

CONFERENCE

CONFERENCE

CONFERENCE

CONFERENCE